
DEMASIADO
cerca
HALSTED • LIBRO 1
METT BRYAN

DEMASIADO CERCA

METT BRYAN

©Todos los derechos reservados.
Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.
Esta es una obra de ficción, por lo que cualquier parecido con personas, hechos o situaciones de la vida real son pura coincidencia.

AVISO: este relato tiene lenguaje con contenido explícito para adultos.

Título: Demasiado cerca
Serie: Historias de Halsted Libro 1
Autora: Mett Bryan
Copyright ©2026

CONTENIDO

CAPÍTULO 1

ED

CAPÍTULO 2

ED

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

ED

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

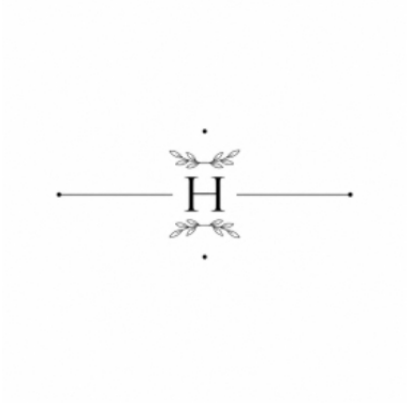
CAPÍTULO 17

EPÍLOGO

¿Quieres volver a HALSTED?

Si aún quieres seguir en Halsted te dejo un fragmento del primer capítulo de **Demasiado difícil, la segunda novela del Universo Halsted.**

CAPÍTULO 1



ED

—No, esto no es lo que quiero. Dejé muy claro cuando llamé a la inmobiliaria que lo que necesitaba era un piso bien iluminado y en el centro de la ciudad. ¿Por qué me trae aquí? —pregunto apretando los puños junto al cuerpo en un intento de no dejar que mi carácter efervescente se desborde.

No levanto la voz, pero me cuesta aguantarme. Siento la rabia acumulada, empujando desde dentro, pidiéndome salir con más fuerza de la que sería conveniente en una situación como esta. Y es que aquí, el verdadero problema no es solo el piso, es todo lo que hay detrás.

Llevo días recorriendo la ciudad de un lado a otro, entrando en sitios que no elegiría en otras circunstancias ni aunque me los regalaran. He tenido que escuchar una y otra vez las mismas explicaciones vacías y fingir que todavía tengo margen para decidir, como si esto fuera una elección y no una necesidad urgente.

Aprieto un poco más los dedos, clavándome las uñas en la palma sin darme cuenta, y una vez más tengo que recordarme que no es el momento de perder el control.

El agente inmobiliario se encoge de hombros ante mi reacción y hace un gesto con la mano, invitándome a avanzar un poco más

dentro del piso como si al moverme un par de pasos la impresión fuera a mejorar. Y créeme, no lo hace, porque el espacio es aún más pequeño de lo que parecía desde la puerta. Todo está concentrado en una única estancia: la cama pegada a la pared, una cocina pequeñísima encajada en una esquina y un sofá que ha visto tiempos mejores.

Miro a mi alrededor y me quedo de pie, sin saber muy bien dónde colocarme. El aire está cargado, como si llevara demasiado tiempo sin renovarse. Ni siquiera hace falta acercarse a la ventana para entender que abrirla no va a cambiar nada.

—Comprenderás que lo que me pides no es factible —dice, intentando accionar el pestillo de una de las hojas—. Estamos en temporada alta y es muy complicado encontrar un piso como el que deseas.

La ventana se abre con un chirrido seco. Al otro lado puedo ver una pared gris que, para mi desgracia, está demasiado cerca y lo peor es la poca luz que entra ahora por la mañana; no quiero ni pensar en la que habrá cuando llegue la tarde.

Ante todo esto, comienzo a desesperarme y suelto el aire despacio por la nariz.

—Me da igual cómo lo haga, pero por favor, encuentre algo mejor que esto.

Mientras él empieza a hablar por teléfono, dándome la espalda como si ya diera por hecho que necesito unos minutos para pensarlo, recorro el apartamento una vez más con la mirada, llegando a la conclusión de que no hay nada que pensar.

Intento imaginarme viviendo aquí, dejando mis cosas en el dormitorio o durmiendo en esa cama, y preparando café en esa cocina que apenas tiene espacio y la verdad es que no puedo, o mejor dicho, no me da la gana de imaginármelo.

Hace apenas unas semanas mi realidad era otra. Un piso amplio en Gold Coast, ventanales que dejaban entrar la luz desde primera hora de la mañana, silencio cuando lo necesitaba y espacio

suficiente como para no tropezarme conmigo mismo cada vez que daba un paso.

Recordar mi antigua vida, también me hace recordar a mi ex, Steven y aprieto la mandíbula de forma involuntaria al pensar en él. Si no hubiera decidido, de la noche a la mañana, que necesitaba tiempo para encontrarse a sí mismo y vivir no sé qué versión tardía de su juventud, yo no estaría aquí visitando pisos que ni siquiera consideraría en otras circunstancias.

También tuvo demasiado que ver la tensión constante, las discusiones, la falta de atenciones y eso lo único que consiguió fue que todo terminara filtrándose donde no debía. En el trabajo, en el despacho, en reuniones donde no puedes permitirte estar a medias y Ben & Company no es el tipo de lugar donde te dan margen para recomponerte.

Ahora estoy aquí, sin trabajo, sin casa y valorando seriamente un sitio en el que no podría respirar y en el que, en tan solo unos días, acabaría sintiendo que lo único que hago al aceptarlo es retroceder un montón de años.

—¿Has tomado una decisión?

Su voz me saca de golpe de mis propios pensamientos. Cuando me giro hacia él, su sonrisa sigue intacta, como si no acabara de enseñarme un lugar en el que yo no encajo de ninguna manera.

Durante un segundo me planteo responderle como de verdad me apetece. Decirle exactamente lo que pienso de ese piso, de su insistencia y de la situación en la que me encuentro, pero no tengo energía para eso. Ni ganas de repetir una conversación que ya hemos tenido antes.

Este es el tercer piso que vemos, y el tercero que descarto, por eso el margen se está reduciendo. Trago saliva, en un intento de contener lo que podría convertirse en una discusión innecesaria, y dejo caer una única palabra para evitarlo:

—No.

Ni siquiera levanto la voz.

No hace falta. La respuesta ya es lo suficiente elocuente por sí sola.

El cambio en su expresión es casi inmediato. Sus hombros se hunden apenas un centímetro y, por primera vez desde que lo conozco, parece quedarse sin un argumento preparado. Se lleva la mano al nudo de la corbata y lo afloja con un gesto rápido, como si el aire empezara a faltarle.

—Pues tenemos un serio problema —dice, esta vez sin esa seguridad artificial que había mantenido hasta ahora.

Lo miro sin responder al instante, porque por primera vez él y yo estamos de acuerdo. Sí que tenemos un problema, y eso es precisamente lo que más me irrita.

—Me gustaría que solucionaras…

No llego a terminar la frase porque me interrumpe el teléfono de él que vuelve a sonar.

Lo coge enseguida, murmurando una disculpa, y se aparta unos pasos mientras atiende la llamada. Habla en voz baja, pero no lo suficiente como para que no perciba el cambio en su tono. Ahora es más atento, e incluso diría que más rápido. Algo ha cambiado en su actitud.

Cuando cuelga, se guarda el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y vuelve hacia mí con esa sonrisa ensayada que ya empiezo a reconocer demasiado bien.

—Estás de suerte, Ed.

Dejo escapar una breve exhalación, más cercana al cansancio que a la sorpresa.

—No me digas, ¿acaso me ha tocado la lotería?

La ironía sale sola, casi automática.

Él suelta una pequeña carcajada, aliviado, como si necesitara que yo reaccionara así.

—No. Pero hay un piso disponible para ti.

Esta vez no respondo de inmediato. Tan solo lo observo unos segundos intentando medir hasta qué punto puedo confiar en lo que

me está diciendo o si estoy a punto de repetir exactamente el mismo proceso otra vez.

—Esa sí que es una buena noticia —digo al final—. ¿Cuándo puedo mudarme?

Y entonces me percato de algo y lo veo claro en su rostro. Es apenas un gesto, un ligero titubeo que rompe la seguridad que había recuperado hace unos segundos.

Carraspea.

—Antes de que aceptes, tengo que decirte que el piso tiene una pequeña condición.

Levanto una ceja, centrándome por completo en prestarle atención.

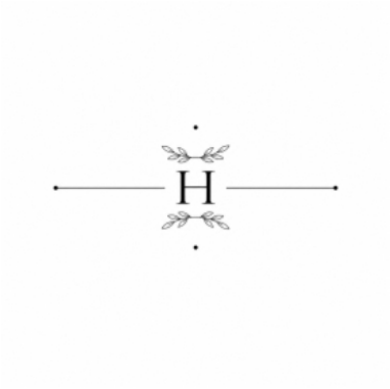
—Ya hay alguien que vive en él, así que tienes que compartirlo.

Durante un segundo me quedo tan desubicado que no respondo.

Compartirlo, esa palabra se queda suspendida entre los dos. No es lo que quiero. Ni tampoco es lo que habría aceptado hace apenas unas semanas, pero por desgracia no me encuentro en esa posición ya.

—Enséñamelo —digo al final.

CAPÍTULO 2



ED

El dichoso piso está mucho más alejado de todo lo que conozco. No era esto lo que me había imaginado. Durante el trayecto ya he tenido tiempo suficiente para asumir que he perdido el control de la situación, pero cruzar la puerta es otra cosa.

Confirmarlo.

Ni por asomo es tan grande como el piso en el que he estado viviendo hasta ahora. Ni tan luminoso. Ni tan cuidado. Todo parece tan funcional que da la sensación de que su dueño no hubiera pensado realmente en vivir aquí.

Cierro la puerta a mi espalda y dejo una de las maletas junto a la entrada. Durante un segundo me quedo quieto, observando el salón, tratando de encajar la escena en algo que me resulte familiar.

Por más que lo intento, no lo consigo.

No sé si ha sido buena idea decirle al de la inmobiliaria que se marchara. Estaba deseando quitármelo de encima, eso es cierto. Su sonrisa de anuncio y su insistencia empezaban a resultarme insoportables. Ahora que todo está tan en silencio, no estoy tan seguro de haber tomado la mejor decisión.

Al adentrarme un poco más en el salón, encuentro algo que me impulsa a acercarme a la mesita baja, frente al televisor: hay una taza. Nada especial. Podría pasar desapercibida si no fuera porque a su lado hay una servilleta de papel cuidadosamente doblada.

Me acerco un paso más para mirarla y me percato de que es una figura. Una rosa concretamente. Me quedo mirándola unos segundos, sin tocarla, como si al hacerlo fuera a confirmar algo que todavía no termino de entender. La verdad es que no es el objeto en sí lo que me incomoda. En realidad, es lo que sugiere. El tiempo que alguien ha tenido que invertir en algo así y la verdadera intención al hacerlo. Lo examino y aprieto ligeramente los labios de forma involuntaria.

Durante un instante, demasiado breve como para llamarlo recuerdo, me viene a la cabeza una imagen que creía haber dejado atrás. Una barra en la que había una luz tenue, una conversación sin importancia que se alargaba más de lo necesario y una rosa similar a esta.

Sacudo la cabeza. Nada de lo que está viniendo a mi mente ahora tiene sentido, porque esto no tiene nada que ver con esos recuerdos. Aun así, la sensación no termina de desaparecer.

Hay algo en esa figura que me resulta demasiado familiar, aunque no sabría decir exactamente por qué, y eso me obliga a detenerme más de lo que debería, como si en lugar de estar en un piso desconocido hubiera tropezado con algo que no esperaba encontrar aquí.

Respiro hondo y aparto la vista. No tiene sentido seguir dándole vueltas. Sin embargo, el nombre aparece en mi cabeza.

Chris.

Un camarero con el que coincidí durante un tiempo en un local al que solía ir después del trabajo. Al principio no fue más que eso, una cara conocida, alguien que sabía cómo y cuándo acercarse sin resultar un incordio. Después llegaron las miradas que se sostenían un poco más de la cuenta, algún comentario casual que no era tan

casual, y esa sensación incómoda de estar entrando en un terreno que no me convenía pisar.

No era el momento. No lo era entonces, y desde luego no lo es ahora.

Sacudo la cabeza con más firmeza, como si así pudiera cerrar del todo ese recuerdo y dejarlo donde pertenece, ya que desde luego, el hecho de que lo haya recordado no tiene nada que ver con que la situación en la que me encuentro.

Dejando atrás ese pensamiento que no me lleva a ninguna parte, me adentro en el resto de la vivienda.

El pasillo es estrecho, lo suficiente como para que dos personas no puedan cruzarse sin rozarse. Camino despacio, arrastrando la mirada por las paredes, como si esperara encontrar en algún sitio una razón para sentirme más cómodo.

No la encuentro.

Empujo la puerta de lo que, supongo, será mi habitación.

El espacio es pequeño, más de lo que me gustaría admitir. Una cama individual ocupa la mayor parte del cuarto, dejando apenas sitio para un armario estrecho y una mesilla a juego. No hay nada especialmente desagradable, pero tampoco hay nada que invite a quedarse.

Permanezco unos segundos en la puerta, sin entrar del todo, evaluando el espacio como si eso fuera a cambiar algo, aunque, en realidad, no lo hace.

Cierro sin más y continúo por el pasillo hasta la otra habitación. La diferencia es inmediata. En comparación es muchísimo más grande y el mobiliario mejora una barbaridad con respecto al mío. Hay una cama de matrimonio king size, una cómoda que sí parece haber sido elegida con intención y un armario empotrado cuyas puertas permanecen abiertas, lo que me permite ver que dentro no hay demasiada ropa, pero sí la suficiente como para dejar claro que alguien vive aquí de forma estable, y no es una persona especialmente ordenada.

Frunzo ligeramente el ceño ante la sensación que me invade, ya que este espacio tiene algo especial, y el que me ha tocado a mí no.

Siento cómo la incomodidad empieza a instalárseme de verdad en el estómago, como si todo este lugar me estuviera empujando poco a poco hacia una realidad que no termino de aceptar. Ante eso, doy media vuelta y regreso al salón para recoger la maleta donde veo de nuevo la rosa de papel.

No sé muy bien por qué vuelvo a fijarme en ella, pero lo hago. Me acerco lo suficiente como para verla con más detalle, como si necesitara confirmar algo que no me he atrevido a pensar en voz alta. Durante un segundo incluso tengo la tentación absurda de cogerla, de comprobar si es igual a la que recuerdo, pero no lo hago, ya que me parece hasta algo absurdo.

Las cosas son como son, y yo no soy precisamente el tipo de persona que se permite construir significados donde probablemente no los hay. Me obligo a apartar la vista, agarro la maleta y me dirijo hacia la habitación con el sonido de las ruedas rompiendo el silencio del piso.

Es entonces cuando escucho el sonido claro e inconfundible del clic de la puerta de entrada. Me detengo en seco y no necesito pensar demasiado para saber que es mi compañero de piso el que va a entrar.

Me giro despacio.

Por la puerta entra un hombre más o menos de mi edad. Lleva una barba pulcramente recortada, una camiseta que se ajusta a un torso trabajado y una presencia que llena el espacio con una naturalidad que contrasta de golpe con todo lo que yo había sentido al entrar. Durante una fracción de segundo, me recreo en su gesto, en su forma de moverse, en la manera en que su mirada se posa en mí con una calma que no debería haber olvidado.

El impacto me atraviesa antes de que pueda procesarlo del todo. Es él, Chris.

Chris deja las llaves en la entrada con un gesto automático, como si ese fuera un movimiento repetido tantas veces que ya no requiere

atención. Luego avanza un par de pasos y se detiene al verme, evaluándome sin prisa y logrando que cada segundo transcurra más lento de lo que debería.

Su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo con una naturalidad que me resulta desconcertante, y eso es lo que más me descoloca.

—Buenos días —dice al fin, con un tono neutro, casi cordial—. Tú debes de ser mi nuevo compañero de piso.

Parpadeo un par de veces, más por reflejo que por otra cosa.

La normalidad con la que lo dice no encaja con lo que acaba de pasar por mi cabeza, ni con lo que yo recuerdo. Lo tengo todo tan presente como si el tiempo no hubiera pasado en absoluto desde aquella noche.

Me acuerdo perfectamente de su voz, de su forma de mirarme, de aquella cita a la que no acudí. Quizás llevado por estos recuerdos siento cómo algo se tensa dentro de mí.

¿De verdad no me reconoce?

¿O simplemente ha decidido no hacerlo?

Tardo unos segundos en responder, consciente de que cualquier silencio prolongado empezaría a notarse demasiado extraño.

—Eso parece —digo finalmente, manteniendo la voz firme, aunque por dentro ahora mismo todo esté fuera de sitio.

El silencio que queda después de ese intercambio es breve, pero lo suficientemente denso como para que resulte incómodo.

Chris no parece tener ninguna prisa. Se mueve por el salón con naturalidad, como si yo no fuera más que un elemento nuevo en un espacio que ya le pertenece, y esa seguridad tan rotunda termina de descolocarme. Yo, en cambio, sigo donde estaba, con la maleta a medio camino y la sensación de haber entrado en algo que no controlo.

Demasiadas cosas encajan de golpe. Mi incomodidad al llegar al piso, el hecho de que me pareciera que estaba a demasiada distancia de lo conocido, la maldita rosa de papel sobre la mesa, y ahora él.

Desvío la mirada un instante, intentando recomponerme lo suficiente como para no parecer completamente fuera de lugar, aunque la sensación no desaparece, porque la pregunta ya está ahí, y no es si voy a poder adaptarme al piso. En realidad es otra, bastante más incómoda.

Después de lo que ocurrió entre nosotros a causa de aquella cita a la que decidí no ir: ¿cómo vamos a vivir juntos?

CAPÍTULO 3



CHRIS

Acabo de salir de la ducha y, después de secarme un poco por encima, abandono el baño desnudo en dirección a mi habitación. Nunca llevo la ropa conmigo porque termina empapándose de vapor y oliendo a humedad el resto del día. Prefiero vestirme tranquilamente en el dormitorio, aunque eso implique recorrer media casa desnudo y con mis atributos masculinos al alza.

Lo que no he tenido en cuenta esta mañana es que ya no vivo solo.

Y por la mirada fulminante que me lanza Ed en cuanto aparezco en el estrecho pasillo, está claro que a él no le parece precisamente bien encontrarse con mi cuerpo desnudo a primera hora del día.

—Buenos días —saludo dedicándole mi mejor sonrisa.

La escena es demasiado buena como para no disfrutarla un poco.

Ed permanece inmóvil frente a mí durante un instante que dura más de lo normal. Sus ojos recorren mi cuerpo con rapidez, aunque no la suficiente como para que yo no note que se detiene un segundo más de la cuenta mirando mi erección antes de volver a subir a mi cara.

Así que compruebo divertido que al abogado estirado también le gusta mirar.

Su expresión, sin embargo, está muy lejos de ser relajada. Tiene la mandíbula tensa y esa forma rígida de sostenerse que ya recuerdo demasiado bien. Como si el simple hecho de compartir aire con alguien que no sigue sus normas personales le resultara agotador.

Yo, en cambio, no pienso cambiar mis hábitos porque ahora tenga compañero de piso.

Continúo avanzando por el pasillo y, al pasar junto a él, mi hombro roza el suyo apenas un instante. El contacto es breve, pero suficiente para notar cómo se pone todavía más rígido. Me ha costado horrores mantener la compostura y hasta he tenido que hacer un gran esfuerzo para no reírme.

Un rato después, ya vestido y con el uniforme del bar, me dirijo a la cocina dispuesto a desayunar antes de irme a trabajar.

Todavía noto el calor de la ducha pegado al cuerpo mientras saco huevos, bacon y una cebolla que lleva demasiado tiempo olvidada en el cajón de la nevera. Pongo la sartén al fuego y enseguida el olor a café y comida caliente empieza a llenar el apartamento.

Es entonces cuando empiezo a fijarme de verdad en Ed.

Él sigue moviéndose por la cocina con esa tensión que tienen algunas personas incapaces de relajarse del todo y observa cada cosa que hago como si estuviera evaluándola constantemente. Cuando abre la nevera, inspecciona lo que hay dentro y, después de acercarse un cartón de zumo a la nariz, arruga el ceño con tal expresión de asco que tengo que contener una sonrisa.

—Ese brick debe de llevar ahí desde que Salomón hizo el juicio.

No digo nada.

Me limito a seguir cocinando mientras dejo las cáscaras de huevo sobre la encimera, el envoltorio del bacon a un lado y el cuchillo junto a la tabla de cortar. Lo normal. Lo que hace cualquiera cuando todavía está usando las cosas.

Sin embargo, en cuanto vuelvo a mirar a Ed, me doy cuenta de que para él lo único que hago es ensuciarlo todo.

—Si queremos convivir como gente civilizada, deberíamos establecer unos horarios para la limpieza, organizar las tareas y repartir el uso de los espacios comunes.

Mantengo la vista fija en la sartén mientras escucho su discurso y no es porque me intimide. No lo hace en absoluto, más bien es porque si lo miro directamente ahora mismo voy a acabar soltando una carcajada. Termino de preparar los huevos revueltos, añado el bacon al plato y me sirvo una taza de café antes de sentarme por fin a desayunar.

Es entonces cuando decido prestarle un poco más de atención a Ed.

Él sigue moviéndose por la cocina como si todavía no terminara de encontrar su sitio dentro de ella. Va de un lado a otro revisando armarios, recolocando cosas que apenas llevan unos minutos fuera de lugar y observando el apartamento con la expresión crítica de alguien que no deja de preguntarse cómo demonios ha acabado viviendo aquí.

Ahora está de espaldas a mí, y tengo que reconocer que la vista merece bastante más la pena de lo que esperaba.

Ed siempre fue un tipo atractivo, incluso cuando trabajaba en el bufete y llevaba aquella expresión permanente de hombre demasiado ocupado para perder el tiempo con nadie. Ahora es él el que está vuelto y puedo recrearme en su espalda ancha que tensa la camisa y su culo que es más respingón de lo que aparentaba bajo los trajes caros. Ed es un tipo bastante más alto que yo y si no fuera porque es un grano en el culo con tanta norma y tanta monserga incluso me parecería muy atractivo. Sin embargo, ya no paso por ahí. Eso quedó en el pasado, y, en realidad, el problema nunca fue ese.

El problema era todo lo demás.

Su necesidad de control, su manera de mirar por encima del hombro, esa sensación constante de que el mundo tenía que

funcionar exactamente como él esperaba. Estoy seguro de que, por eso, verlo ahora rebuscando incómodo en mi cocina tiene algo que me produce una gran satisfacción.

Sin dejar de observarlo me llevo un poco de comida a la boca y mientras la mastico dejo que el silencio entre nosotros se estire un poco más antes de hablar.

—¿Esto queda fuera del reglamento? —pregunto señalando con el tenedor las cáscaras de huevo, el envoltorio del bacón y la tabla todavía sobre la encimera.

Ed se gira inmediatamente.

Su expresión se endurece algo más de lo normal, aunque noto que intenta mantener cierta compostura. Como si todavía creyera que esto puede convertirse en una convivencia organizada si escoge bien las palabras.

Pobre iluso, no sabe con quién está tratando.

—Chris —dice mi nombre con una seriedad casi excesiva—, necesito que comprendas que para que dos personas puedan convivir en armonía tiene que haber unas normas mínimas.

Lo observo por encima de la taza de café mientras continúa hablando.

—He estado organizando un cuadrante para repartir las tareas y unos horarios para el uso de los espacios comunes. Lo he dejado colocado en la nevera para que podamos verlo bien.

Tengo que contener una sonrisa. No porque me haga gracia el cuadrante. Bueno, quizá un poco sí, lo que realmente me resulta increíble es que haya tardado menos de un día en intentar organizar mi vida dentro de mi propia casa. No, no me estoy olvidando de que él también vive aquí, pero yo estaba primero, y eso parece molestarlo más que cualquier otra cosa.

Dejo la taza sobre la mesa y me recuesto un poco en la silla, observándolo con calma. Ed sigue esperando una respuesta seria, adulta y razonable. Como si no nos conociéramos ya.

—Ed, no hace falta que te esfuerces tanto en organizarlo todo.

El efecto es inmediato, al oírme se queda quieto.

No sé si es por el tono, por la confianza con la que acabo de decir su nombre o por lo que realmente he intentado decirle sin hacerlo del todo.

Probablemente por las tres cosas, ya que durante un instante me mira como si acabara de cambiar las reglas de una conversación que solo él creía controlar, y entonces remato la faena, incapaz de contenerme.

—Ya sé cómo funcionan tus planes.

La frase cae entre los dos con mucho más peso del que tendría para cualquier otra persona y, por primera vez desde que entré en la cocina, noto que la compostura de Ed se resquebraja un poco.

Así que después de decir eso, me levanto de la mesa con toda la tranquilidad del mundo. Recojo el plato y la taza, los dejo dentro del fregadero y me paso una mano por la barba mientras compruebo la hora en el móvil. Voy justo de tiempo, aunque tampoco lo suficiente como para salir corriendo.

Detrás de mí, lo único que percibo es el silencio de Ed.

Puedo imaginar perfectamente la expresión que debe de tener ahora mismo: mandíbula apretada, brazos rígidos y esa necesidad enfermiza de recuperar el control de una situación que se le está escapando de las manos desde que puso un pie en este piso.

La verdad es que debería ignorarlo y marcharme sin más, pero no puedo evitar disfrutar un poco.

—Bueno, yo me voy —comento con total naturalidad mientras cojo las llaves—. Me esperan ocho horas de atender a gente hambrienta. Primero vendrán a por el desayuno, luego a buscar el aperitivo y después el almuerzo. Así que tendrás que perdonarme si todo esto sigue aquí hasta que vuelva.

Señalo por encima del hombro el pequeño desastre que he dejado en la cocina diciéndome que no es para tanto, pero estoy seguro de que para Ed probablemente equivale a una declaración de guerra.

—Chris… —dice finalmente, y algo en la forma en que pronuncia mi nombre consigue llamar mi atención más de lo que debería—. No puedes irte dejando todo esto así.

Me vuelvo apenas lo justo para mirarlo.

Está de pie junto a la encimera, claramente frustrado, aunque intentando mantener todavía cierta dignidad. Lo más curioso es que, debajo del enfado, juraría que también hay desconcierto, como si no entendiera por qué conmigo las cosas no funcionan igual que con el resto del mundo.

Quizá ahí esté precisamente el problema y para transmitirle un mensaje con un poco de paz lo único que se me ocurre es dedicarle mi mejor sonrisa. La misma que años atrás conseguía que me mirara durante más tiempo del necesario al otro lado de una barra.

—Hasta luego, Ed. Que pases un buen día.

No espero respuesta.

Salgo del piso dejándolo solo con su cuadrante de normas, el olor a bacón todavía flotando en la cocina y la sensación, cada vez más clara, de que esta convivencia va a ser mucho más interesante de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 4



ED

Hoy se me ha complicado el día en el bufete y he tenido que quedarme más tiempo del previsto para solucionar un asunto que requería mi presencia. Nada especialmente grave, pero sí lo bastante molesto como para impedirme salir a mi hora y dejarme con la sensación constante de que llevo demasiadas horas funcionando sin descanso.

Para colmo, cuando por fin he salido del edificio estaba cayendo el diluvio universal.

Esta mañana aparqué dos calles más abajo y, aunque he intentado cubrirme como he podido durante el trayecto, he terminado empapado igualmente. La lluvia todavía resbala por mi abrigo cuando entro en el portal del edificio y me meto en el ascensor con la única intención de llegar al piso y dejar de pensar.

Mientras subo, me debato entre darme una ducha o comer algo primero.

La verdad es que estoy muerto de hambre. No he probado nada desde el almuerzo, si es que puede llamarse almuerzo a un sándwich vegetal triste y un café recalentado que me tomé frente al ordenador mientras revisaba unos documentos.

Cuando las puertas del ascensor se abren, salgo al pasillo con el cansancio pesándome ya hasta en los hombros, y aun así, al meter la llave en la cerradura, lo último que espero es encontrarme con cierta sensación de calma al entrar en el piso.

Al abrir la puerta y entrar en el salón, me sorprendo al encontrar a Chris dormido en el sofá. La televisión sigue encendida, aunque con el volumen lo bastante bajo como para convertirse casi en ruido de fondo, y él permanece medio tumbado con una pierna flexionada y un brazo descansando sobre el respaldo.

El sonido de la puerta lo sobresalta un poco, por lo que abre los ojos de golpe y tarda un segundo en ubicarse, todavía atrapado entre el sueño y la realidad.

Yo dejo las llaves junto a la entrada y me deshago del abrigo mojado, intentando no prestarle demasiada atención. Acabo de decidir que prefiero ducharme primero. Así evitaré una conversación innecesaria mientras intento recordar cómo se puede recuperar uno después de un día de mierda.

—Buenas noches —murmuro para evitar iniciar una conversación.

—Estás empapado, ¿tanto llueve? —pregunta sin quitarme la vista de encima y me parece percibir un destello diferente en sus ojos.

—Sí, y además he tenido un día de locos —respondo dirigiéndome hacia mi habitación para coger ropa cómoda y seca.

Chris responde algo que apenas escucho mientras cierro la puerta.

Me miro en el espejo del baño y veo a un hombre cansado. También me percato de que la camisa se me ciñe al torso transparentando el vello que lo cubre y hasta los pezones que se me han erizado por el frío, y por un instante recuerdo la mirada que Chris me ha lanzado antes.

¿Se habrá dado cuenta?

Dejo a un lado ese pensamiento que no me va a llevar a ninguna parte y comienzo a desnudarme. No soy realmente consciente del cansancio que llevo encima hasta que el agua caliente empieza a caer sobre mis hombros, aunque hay una parte de mi anatomía que

se encuentra muy activa esta noche. Decido centrarme en la ducha porque lo único que necesito es relajarme, no salir del baño cachondo perdido sabiendo que Chris está ahí fuera. Ya me encargaré más tarde de satisfacer mis necesidades.

El efecto de la ducha es inmediato.

Siento cómo la tensión acumulada durante todo el día comienza a aflojarse poco a poco, deslizándose por mi espalda y desapareciendo junto al agua que se pierde por el desagüe. Permanezco varios minutos quieto bajo el chorro, dejando que el calor me despeje la cabeza lo suficiente como para no pensar en trabajo, en Steven o en el hecho de que ahora comparto piso con alguien que debería resultarme indiferente y parece que no es así. Sonrío como un tonto, y es que tengo que reconocer que cuando he visto a Chris tumbado en el sofá me he puesto más caliente que el infierno llevado por las fantasías que pululan por mi cabeza con él desde hace años.

Cuando por fin regreso al salón, secándome todavía el pelo con la toalla, hay dos cosas que consiguen desconcertarme: la primera es que Chris no se ha ido a dormir, y la segunda, es que está sonriendo. Joder, y qué atractivo está esta noche. Tengo que intentar no pensar en ello porque noto que me pongo duro al instante y no quiero que él lo note.

Ajeno a mis pensamientos, Chris sigue sentado en el sofá, completamente absorto en uno de esos programas de variedades que llevan años emitiéndose y que, por algún motivo, siempre parecen iguales aunque cambien los presentadores. Incluso vestido con ropa de estar por casa sigue pareciéndome un hombre muy atractivo. Y lo peor es que no se trata solo de eso. Hay algo en su manera de moverse, en la tranquilidad con la que ocupa el espacio, que hace que el salón parezca diferente cuando él está.

La luz del televisor ilumina parcialmente el salón y le da al ambiente una calma que no esperaba encontrar al volver a este apartamento. No sé qué me está sucediendo, pero empiezo a pensar en este sitio como casa casi sin darme cuenta.

Chris sonríe al ver algo en pantalla y, durante un instante, me sorprende lo fácil que parece todo a su alrededor cuando se relaja. Tiene una de las piernas doblada sobre el sofá y sostiene entre las manos un trozo de papel que manipula con paciencia, doblándolo poco a poco entre los comentarios del programa.

Me quedo observándolo más tiempo del necesario, y créeme, me es imposible no hacerlo. Entonces sus dedos realizan un nuevo pliegue y comprendo lo que está haciendo: origami. Ese simple gesto de sus manos hace que sienta una presión incómoda instalándose poco a poco en el pecho, porque recuerdo a la perfección lo que me dijo hace tiempo: doblar papel y hacer figuras hace que me relaje cuando algo perturba mi alma.

Para colmo está haciendo esa figura, una maldita rosa de papel, que como el maldito tonto que soy, no tuve otra cosa que hacer la primera vez que me la regaló, que buscar su significado en Google. Por eso, la respuesta que obtuve me dejó descolocadísimo, ya que simboliza amor, amistad, aprecio y pasión, además representa dar una parte de uno mismo a través del esfuerzo del plegado.

Todo aquello que pudo haber ocurrido entre nosotros y nunca ocurrió pesa mucho más de lo que me gusta admitir. Sobre todo porque, cuanto más tiempo estoy cerca de él, más claro tengo que el problema nunca fue falta de interés.

El problema fui yo.

Sin pensar demasiado en ello, termino sentándome en el otro extremo del sofá. Ni siquiera recuerdo en qué momento el hambre ha dejado de ser mi prioridad. Me limito a mirar la televisión junto a él, compartiendo el silencio incómodo de dos personas que todavía no saben cómo colocarse la una frente a la otra.

Para mi sorpresa, no resulta tan desagradable como esperaba. Incluso han transcurrido varios minutos en los que ambos permanecemos en un silencio absoluto.

La televisión continúa llenando el salón con voces, música y aplausos grabados mientras yo intento concentrarme en cualquier

cosa que no sea el hombre sentado al otro lado del sofá. Durante un rato incluso lo consigo, hasta que su voz rompe la calma de golpe.

—Ed, ¿has comido algo?

Me vuelvo hacia él sorprendido.

Chris no aparta la vista de la pantalla mientras habla. Sigue doblando el papel entre los dedos con movimientos tranquilos, como si la pregunta no tuviera demasiada importancia.

—Hay un par de empanadas y pollo en el microondas —añade—. Aparté un poco porque era demasiado para mí.

Durante unos segundos me cuesta responder, no porque me haya hablado de comida, si no por el gesto. Lo último que me esperaba era que Chris pensara en mí al cocinar. Mucho menos después de cómo nos hemos estado comportando desde que llegué al piso. Y sin embargo ahí está, hablándome con total naturalidad, como si reservarme la cena fuera la cosa más normal del mundo.

—Gracias —termino diciendo—. No he comido nada desde el almuerzo.

Esta vez sí noto una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios.

—Pues ya sabes dónde está tu cena. Solo tienes que ir a buscarla.

El presentador anuncia entonces la aparición de un actor famoso y Chris vuelve a centrar toda su atención en la pantalla, completamente distraído por el programa.

Yo, en cambio, me quedo observándolo un instante más antes de levantarme.

Mientras camino hacia la cocina no puedo evitar fijarme otra vez en sus manos, en la precisión de cada pliegue y la calma con la que trabaja el papel, como si lo único que necesitara es mantenerlas ocupadas para no pensar demasiado.

Tardo unos minutos en regresar al salón, el tiempo que tarda en calentarse la comida, servirme un vaso de agua y darme cuenta, mientras espero frente al microondas, de que hacía mucho tiempo que nadie me dejaba algo preparado sin esperar nada a cambio.

Cuando vuelvo, el programa ya está terminando. Los créditos comienzan a aparecer lentamente en pantalla mientras me acomodo otra vez en el sofá con la bandeja sobre las piernas. El olor de las empanadas calientes llena enseguida el espacio y descubro, tras el primer bocado, que Chris cocina muchísimo mejor de lo que habría imaginado.

Él bosteza suavemente a mi lado y se despereza un poco antes de pasarme el mando del televisor.

—Bueno, Ed, yo me voy a la cama.

Levanto la vista hacia él justo cuando se pone de pie.

Me pilla con la boca llena y no llego a responderle enseguida. Chris parece darse cuenta porque una pequeña sonrisa curva sus labios mientras termina de doblar el papel que tiene entre las manos. Entonces hace algo que me deja completamente descolocado. Se inclina ligeramente hacia mí y deja la figura de papel sobre la bandeja. Una rosa que yo observo en silencio mientras él habla casi en un susurro.

—Hay cosas que sencillamente no están destinadas a ser —dice logrando descolocarme.

Chris se incorpora de nuevo y se dirige hacia el pasillo con esa tranquilidad suya que empieza a afectarme más de la cuenta.

—Que descanses, Ed —dice esta vez con un tono completamente normal.

Trago despacio antes de responder.

—Descansa tú también, Chris.

Cuando desaparece por el pasillo vuelvo a mirar la rosa. La tomo entre los dedos casi por inercia y, sin pensar demasiado en lo que hago, me la acerco ligeramente al rostro.

Todavía conserva su perfume y el simple hecho de reconocerlo me provoca una sensación incómoda y cálida a la vez. Una que creía enterrada hacía mucho más tiempo del que en realidad ha pasado.

CAPÍTULO 5



ED

Unos días después

Al llegar al piso me sorprende encontrarlo vacío.

Estoy tan acostumbrado a que Chris esté aquí cuando vuelvo del trabajo que, durante un instante, la ausencia se siente extraña. El salón permanece en silencio, sin el sonido de la televisión de fondo ni el olor a comida llenando la cocina.

Supongo que todavía no termino de acostumbrarme a compartir espacio con alguien.

Dejo la chaqueta sobre el respaldo de una silla y miro alrededor antes de soltar el maletín junto al sofá. No quiero depender constantemente de Chris para cenar, así que, aunque cocinar siga sin ser precisamente uno de mis fuertes, decido intentarlo otra vez.

De camino a casa me he detenido en el supermercado y la chica de la carnicería me aseguró que preparar unas fajitas era una de esas recetas prácticamente imposibles de estropear. Sin embargo, ahora mismo empiezo a sospechar que sobreestimó mis capacidades.

Troceo la verdura sobre la tabla de una forma un tanto irregular, sofrío la cebolla y el pimiento mientras sigo mentalmente las instrucciones que me dio la dependienta y añado las especias poco a poco, intentando no arruinar el sabor antes de tiempo.

Para mi sorpresa, todo parece ir bien. El olor del sofrito empieza a llenar la cocina y por primera vez tengo la sensación de que quizá cocinar puede ser algo que por fin puedo hacer. Incluso me permito servirme una copa del vino blanco que compré junto al resto de ingredientes. Un buen vino después de un día largo probablemente sea la mejor compañía posible para alguien como yo.

Estoy tan ocupado disfrutando del hecho de que, por una vez, nada parece estar saliendo mal que cometo el error más estúpido posible. Le doy un sorbo al vino mientras me vuelvo para coger la bandeja de carne y, durante apenas unos segundos, dejo de prestar atención a la sartén.

Eso es suficiente para que todo culmine en un desastre de dimensiones históricas. Lo primero que me llega es el olor. Un olor espeso y amargo que hace que se me cierre el estómago antes incluso de reaccionar.

Después aparece el humo.

—¡Mierda!

Me vuelvo de golpe y me encuentro la sartén prácticamente envuelta en una nube grisácea mientras el contenido empieza a pegarse al fondo de forma irremediable.

El corazón me da un vuelco. Corro hacia la placa y entonces descubro el problema. En lugar de bajar la intensidad del fuego cuando empezó a calentarse demasiado, la he subido al máximo.

¡Perfecto, joder!

Esto es simplemente perfecto. Ese soy yo en la cocina una vez más.

—¡Maldita sea!

Intento apartar la sartén, pero el humo ya se ha extendido por media cocina y apenas puedo acercarme sin empezar a toser. El olor

a quemado impregna el aire en cuestión de segundos y noto cómo toda la poca confianza que había conseguido reunir durante los últimos minutos desaparece de golpe.

He vuelto a fracasar miserablemente. Y para rematar la situación, escucho abrirse la puerta de entrada y cierro los ojos un instante, porque sé exactamente quién acaba de llegar.

Apenas pasan unos segundos antes de que Chris aparezca en la cocina atraído por el humo.

—Por Dios, ¿qué ha pasado aquí?

Entra prácticamente como una exhalación y aparta la sartén del fuego antes de que pueda reaccionar. Yo sigo inmóvil en medio del desastre, todavía con la copa de vino en la mano y la sensación de haber sido descubierto haciendo algo humillante.

—Solo intentaba preparar la cena —gruño finalmente.

La voz me sale ronca entre el humo y la vergüenza. Lo último que quiero ahora mismo es soportar una de sus bromas. O peor todavía: que le dé pena al ver mi inutilidad entre fogones.

Estoy a punto de salir de la cocina para evitar la humillación completa cuando me doy cuenta de que Chris ni siquiera parece interesado en discutir. De hecho, actúa como si el desastre que acabo de provocar no fuera algo digno de comentario.

Primero abre la ventana más cercana a la encimera para dejar salir el humo. Después mueve ligeramente un paño de cocina frente al detector de incendios antes de que empiece a sonar y finalmente vuelve a centrarse en la sartén quemada.

Todo de una forma tan eficiente que ojalá la hubiera tenido yo hace unos minutos. Mientras tanto, permanezco apoyado en el marco de la puerta sintiéndome bastante más inútil de lo que me gustaría reconocer.

Chris echa un vistazo al contenido carbonizado y alza una ceja durante un instante. Espero el comentario fácil y cargado de ironía, pero ante mi asombro, no llega.

—Si ya me dijo Mike que me quedara a cenar en el bar con él, no sé por qué no le hice caso —murmura más para sí mismo que para mí.

Supongo que ese Mike debe de ser el dueño del bar.

Chris deja la sartén en el fregadero y abre la nevera con absoluta tranquilidad. Saca un par de huevos, un tomate y algo de cebollino antes de empezar a moverse por la cocina como si llevara toda la vida haciéndolo. Mientras bate los huevos me doy cuenta de que ni siquiera me ha preguntado qué demonios intentaba cocinar. Tampoco parece interesado en hacerme sentir peor. Para mi vergüenza, simplemente está solucionando el estropicio que he armado.

—¿Ves lo sencillo que es hacer una tortilla? —dice finalmente con una voz mucho más suave de lo habitual.

No hay ningún tipo de burla en el comentario, y quizá eso es precisamente lo que más me descoloca.

Me quedo observándolo en silencio mientras cocina, admirando la facilidad con la que se mueve, la forma en que hace que todo esto se convierta en algo cotidiano sin darse cuenta siquiera. Es más, hasta consigue que durante unos segundos deje de sentirme incómodo, y eso resulta mucho más peligroso de lo que debería. Mirar a alguien tan atractivo con tanta atención no es buena idea.

Cuando la tortilla está lista, Chris la divide entre dos platos y añade tomate aliñado con ajo y especias antes de dejarlo todo sobre la mesa de la cocina.

El olor a comida recién hecha termina de borrar el desastre anterior, aunque la sartén quemada siga dentro del fregadero como prueba silenciosa de mi fracaso culinario. Chris se pasa una mano cansada por la nuca y entonces me doy cuenta de que tiene unas ojeras más marcadas de lo normal.

—Voy a ducharme —dice soltando un bostezo—. Estoy tan cansado que podría quedarme dormido de pie.

Asiento ligeramente, aunque continúo junto a la puerta.

Él se acerca sin esperar realmente a que me aparte y, cuando intenta salir de la cocina, nuestros cuerpos terminan rozándose inevitablemente en el estrecho espacio. El contacto dura apenas un instante, pero es suficiente.

Percibo inmediatamente su perfume mezclado con el leve olor a sudor que le ha dejado encima un día entero trabajando en el bar. También noto el calor de su cuerpo al pasar junto al mío y algo dulce en su aliento que me golpea con una familiaridad incómoda.

Durante un segundo vuelvo a recordar demasiado bien al hombre que estuvo esperando una cita a la que yo nunca llegué. Chris continúa caminando hacia el pasillo ignorando que acaba de alterar por completo mi capacidad de pensar con claridad.

—No quemes nada más mientras me ducho —murmura antes de desaparecer.

Y aunque el comentario tiene un deje de ironía, hay algo distinto en su tono.

Yo me quedo solo en la cocina observando los dos platos sobre la mesa y la ventana todavía abierta dejando entrar el aire fresco de la noche. Por primera vez desde que llegué a este piso, la sensación que noto no es la de estar atrapado con alguien de mi pasado.

CAPÍTULO 6



ED

Desde el momento en el que Simon me pidió esta mañana que fuera a su despacho supe, que algo no iba bien. No hizo falta que me lo dijera nadie. Hay una tensión concreta en el ambiente de un bufete cuando alguien importante toma una decisión incómoda. Se nota en la forma en que las secretarias evitan mirarte o en cómo la puerta de un despacho se cierra de una forma calculada.

Mi intuición no falló. Nada más entrar, Simon cerró la puerta tras de mí y me indicó que tomara asiento frente a su escritorio. Ni siquiera levantó la vista de unos documentos que tenía abiertos delante. Esa actitud me puso en alerta.

—Ed, vamos a reorganizar varios asuntos del bufete y he decidido que el caso Holloway deje de estar bajo tu responsabilidad.

Durante unos segundos pensé que no había escuchado bien.

—¿Cómo dices?

Simon suspiró ligeramente, como si ya esperara mi reacción.

—No vas a seguir llevando ese caso.

La frustración me golpeó de inmediato.

Llevo meses trabajando en él. Meses soportando jornadas imposibles, reuniones eternas y clientes que creen que el dinero les

da derecho a tratar a todo el mundo como basura. Y ahora, de la noche a la mañana, Simon decide apartarme sin más explicaciones.

—Necesito saber por qué.

—No sigas por ahí, Ed —dice finalmente apoyando la espalda en el sillón—. Estás demasiado involucrado y ahora mismo necesito otra perspectiva.

Aprieto la mandíbula.

—Con todos mis respetos, eso no tiene sentido y lo sabes.

Simon me sostiene la mirada apenas un instante antes de volver a centrarse en los papeles de su mesa. Esa señal es la que me hace comprender que la conversación ya ha terminado para él.

—Si eres tan amable de dejarme solo, tengo que hacer una llamada.

Así, con esa frialdad educada que utilizan los abogados para destrozarte sin levantar la voz, como si no llevara cinco años trabajando para él, me ha dado largas.

Salgo del despacho de Simon con la sensación incómoda de haber recibido un golpe en pleno estómago. Durante el resto de la mañana apenas consigo concentrarme en nada. Intento revisar un par de documentos, responder algunos correos y fingir normalidad delante de los demás abogados del bufete, pero mi cabeza sigue atrapada en la misma pregunta.

¿Por qué demonios me ha apartado del caso?

Al final termino marchándome antes de lo habitual. No porque quiera, si no porque sé que hoy no voy a sacar absolutamente nada productivo adelante.

El aire frío del exterior me golpea en cuanto abandono el edificio y bajo hasta el aparcamiento subterráneo ajustándome la corbata con un movimiento cansado. Chicago está entrando de lleno en esa época del año en la que el viento parece atravesar directamente la ropa y las calles permanecen cubiertas por una mezcla constante de tráfico, luces y gente caminando de forma atropellada y sin rumbo.

Ni siquiera he arrancado todavía el coche cuando el teléfono vibra sobre el asiento del copiloto. Echo una mirada de reojo y al instante deseo no haberlo hecho porque el nombre que me sale en la pantalla es el de Steven.

El simple hecho de verlo ya consigue tensarme. Dudo unos segundos antes de responder, pero finalmente acepto la llamada mientras salgo lentamente del garaje.

—Tenemos que hablar.

Por supuesto. Según él, siempre tenemos que hablar cuando algo va mal.

Aprieto las manos sobre el volante mientras escucho cómo me explica, con ese tono victimista que tan bien sabe utilizar, que lleva meses sin trabajo estable y que no ha podido seguir pagando su parte de la hipoteca.

Según él, el banco ya ha comenzado a presionar. Y ahora quiere vender el que era nuestro piso. El lugar donde viví durante años creyendo que mi vida estaba perfectamente construida.

Siento una presión muy desagradable instalándose poco a poco detrás de los ojos.

—Steven, dime que esto es una broma.

—No lo es.

Claro que no lo es. Lo que está claro es que nunca he sido nada serio para él.

Cuelgo la llamada varios minutos después completamente agotado mentalmente y me incorporo al tráfico de la ciudad con bastante menos paciencia de la habitual. Las calles están saturadas a estas horas y eso no ayuda.

Taxis amarillos cambiando de carril sin avisar, autobuses frenando cada pocos metros y una interminable fila de coches avanzando lentamente entre el ruido constante de cláxones y luces reflejadas sobre el asfalto húmedo. Un motorista me adelanta de forma imprudente y estoy a punto de mandarlo directamente al infierno. Otro conductor toca el claxon detrás de mí cuando no hace ni dos

segundos que el semáforo ha cambiado a verde. Chicago parece especialmente insoportable esta tarde, o quizá el problema soy yo.

Cuando por fin consigo aparcar frente al edificio me doy cuenta de que tengo los hombros completamente tensos. Permanezco varios segundos dentro del coche con las manos apoyadas sobre el volante, intentando reunir fuerzas para subir al piso. Las luces de la calle comienzan a reflejarse sobre las aceras húmedas mientras el viento arrastra papeles y hojas secas entre los coches aparcados.

Chicago nunca se para del todo. Ni siquiera al anochecer.

Me aflojo ligeramente el nudo de la corbata antes de entrar al edificio y cruzo el pequeño vestíbulo con la sensación de llevar encima más cansancio del que debería acumular una persona en una jornada.

Mientras espero el ascensor, escucho el sonido de unos tacones acercándose por el pasillo.

—Buenas tardes.

Me vuelvo y encuentro a una señora mayor observándome con expresión amable. Lleva un abrigo beige perfectamente colocado y unos pendientes color esmeralda que destacan enseguida bajo la luz cálida del recibidor.

—Buenas tardes —respondo automáticamente.

—¿Vives en el edificio? —pregunta con cortesía mientras dirige una breve mirada hacia mi maletín.

Supongo que todavía tengo aspecto de abogado incluso cuando estoy destrozado.

—Sí. Aunque no llevo demasiado tiempo aquí.

El ascensor llega en ese momento y le sostengo la puerta para que entre primero.

—Gracias, hijo.

La mujer se coloca al fondo y durante unos segundos reina un silencio cómodo mientras el ascensor comienza a subir lentamente. Entonces parece recordar algo de golpe.

—Ah, claro. Tú debes de ser el nuevo compañero de Chris.

Asiento ligeramente al escuchar su nombre. Y para mi sorpresa, la mujer sonríe.

—Es un chico estupendo. Siempre está pendiente de todo el mundo.

No es que me hable esperando conversación, lo cuenta con total naturalidad, como quien comenta algo evidente.

—Hace unas semanas ayudó a mi hermana con unas cajas cuando el ascensor se averió. Y el otro día hasta me subió la compra sin que se lo pidiera.

Las puertas se abren en mi planta. Salgo del ascensor escuchando aún sus palabras en mi cabeza. Porque, por algún motivo, me cuesta encajar esa imagen de Chris con el hombre que se pasea descalzo y medio desnudo por el piso provocándome constantemente.

—Que descanses, cielo —me dice ella antes de que las puertas vuelvan a cerrarse.

Camino hacia el apartamento sintiéndome muy descolocado. Cuando entro, lo primero que encuentro es silencio, y para mi desgracia, también noto que no es el silencio incómodo de los primeros días.

Dejo las llaves junto a la entrada y ahora sí que me aflojo definitivamente la corbata mientras observo el salón vacío. La televisión está apagada, no hay música sonando desde ninguna habitación y tampoco llega desde la cocina el olor a comida que Chris suele dejar flotando por toda la casa cuando vuelve antes que yo.

Por extraño que resulte, el apartamento parece demasiado vacío sin él. Camino hasta el sofá y me dejo caer sobre los cojines todavía con la chaqueta puesta. Durante varios minutos me quedo mirando el techo sin moverme, intentando ordenar el desastre que llevo encima desde esta mañana.

Simon en el despacho, Steven y la llamada en la que me ha hablado de sus problemas para mantener el piso, por no hablar del nuevo trabajo que me han encomendado. Ahora no puedo evitar

que todo empiece a mezclarse en mi cabeza de una forma agotadora.

Cierro los ojos con intención de bloquear un poco el ruido mental, pero lo único que consigo es que aparezcan imágenes de Chris en el apartamento, cocinando, riéndose frente al televisor o saliendo del baño con el pelo húmedo y completamente desnudo con esa facilidad que tiene para hacer que todo parezca algo natural.

Ante la avalancha de imágenes, abro los ojos de inmediato.

—Perfecto —murmuro para mí mismo.

Justo lo que me faltaba.

Permanezco todavía unos minutos más en el sofá antes de admitir algo bastante evidente: si sigo encerrado aquí voy a volverme loco. Así que termino levantándome y salgo otra vez a la calle casi sin pensar.

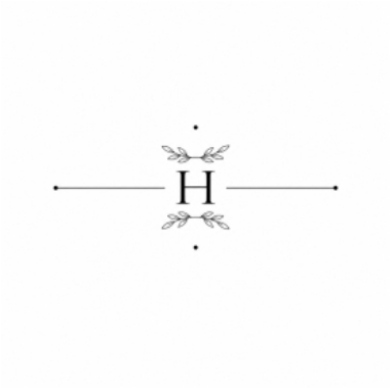
El aire frío de la noche me despeja un poco en cuanto abandono el edificio. Camino sin rumbo fijo por las calles del barrio mientras las luces de los escaparates empiezan a reflejarse sobre las aceras húmedas. Halsted todavía mantiene bastante movimiento a estas horas. Algunos restaurantes siguen llenos, un par de taxis avanzan lentamente entre el tráfico y desde varios bares llega el sonido amortiguado de conversaciones, vasos chocando y música suave escapando hacia la calle cada vez que alguien abre una puerta.

No sé exactamente cuánto tiempo llevo caminando cuando me doy cuenta de que he terminado justo frente al bar donde trabaja Chris, y al ser consciente de ello, me detengo automáticamente.

El local ocupa una esquina del edificio y desde fuera puede verse parte del interior a través de los grandes ventanales empañados por el contraste entre el frío exterior y el calor acogedor de dentro. Durante unos segundos me limito a observar, y entonces lo veo. Chris se mueve detrás de la barra hablando con una pareja de clientes mientras seca unos vasos con una naturalidad casi hipnótica. Lleva las mangas remangadas hasta los antebrazos y tiene esa media sonrisa relajada que apenas le he visto en casa.

La sensación repentina que me atraviesa el estómago al observarlo me descoloca por completo, porque no parece el mismo hombre, o quizás nunca me había detenido a mirarlo de verdad.

CAPÍTULO 7



ED

Nada más entrar en el bar, lo primero que encuentro es a Chris, que se halla al fondo de la barra, inclinándose ligeramente hacia un cliente que no deja de sonreír mientras habla con él. La música suena lo bastante baja como para permitir conversaciones cómodas y el ambiente tiene una calidez inesperada: luces ámbar reflejándose sobre las botellas, olor a comida recién hecha y el murmullo constante de varias conversaciones mezclándose entre sí.

Chris parece encajar perfectamente dentro de todo esto.

Lo observo terminar de tomar nota del pedido y, antes de marcharse hacia la cocina, coloca una mano sobre el hombro del cliente en un gesto rápido y natural que provoca una nueva carcajada en el hombre.

La escena me incomoda más de lo que debería. Quizá entrar aquí ha sido una mala idea.

Durante un segundo incluso considero marcharme antes de que me vea, pero entonces Chris levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan desde el otro extremo del local. Así que ya es demasiado tarde.

No parece sorprendido de encontrarme, aunque sí me dedica una mirada curiosa antes de seguir trabajando como si nada, y la verdad es que eso me molesta un poco, como si hubiera esperado que mi presencia alterara más su noche.

Termino sentándome en uno de los taburetes del extremo de la barra justo cuando el barman se acerca hacia mí secándose las manos con un paño oscuro.

—Eres nuevo por aquí —dice apoyándose ligeramente sobre la barra.

—Digamos que sí.

—Mike —se presenta tendiéndome la mano.

—Ed.

En cuanto escucha mi nombre noto un pequeño cambio en su expresión. Nada exagerado, es solo que noto esa reacción rápida de alguien que acaba de unir piezas dentro de su cabeza.

—Ah, así que tú eres ese Ed.

Supongo que Chris le ha hablado de mí, e incluso, quizá se ha quejado de lo mal que hemos conectado al principio y de que precisamente sea conmigo con quien tiene que compartir piso.

La idea de que haya sido así no me entusiasma especialmente.

—Y tú debes de ser Mike, su jefe —respondo mientras él prepara el whisky con hielo que acabo de pedir.

—El mismo.

Desliza el vaso hacia mí y después sonríe con una calma que empieza a hacerme entender por qué Chris parece tan cómodo trabajando aquí.

—Bienvenido al Halsted.

No suelo beber demasiado.

De hecho, la mayoría de las veces prefiero mantener la cabeza lo bastante despejada como para seguir funcionando incluso fuera del trabajo. Pero hoy ha sido uno de esos días en los que necesito dejar de pensar aunque solo sea durante un rato.

Así que doy un primer sorbo al whisky y dejo que el calor me baje lentamente por la garganta. Desde el lugar en el que estoy sentado puedo observar prácticamente todo el local.

El Halsted no es especialmente grande, pero tiene algo acogedor que hace que la gente parezca relajarse en cuanto entra. Algunos clientes cenan en las mesas del fondo mientras otros permanecen apoyados en la barra hablando entre ellos como si llevaran años repitiendo exactamente la misma rutina.

En medio de todo eso se encuentra Chris moviéndose de un lado a otro con una facilidad que resulta casi hipnótica.

Toma comandas, bromea con los clientes, recoge vasos y se desliza entre las mesas como alguien que conoce perfectamente el ritmo del lugar. La sonrisa que muestra aquí no se parece a las medias sonrisas irónicas que suele dedicarme en el piso. La que muestra ahora es mucho más abierta y verdadera, y eso me desconcierta bastante más de lo que debería.

Me sorprendo observándolo durante demasiado tiempo, por lo que me percato de la forma en que algunos clientes parecen relajarse apenas él se acerca. Cómo recuerda nombres, bebidas o pequeñas bromas privadas. Incluso el tono de su voz cambia ligeramente mientras trabaja. Parece feliz aquí, o al menos mucho más cómodo de lo que yo lo he visto nunca.

A lo mejor el único imbécil de esta historia soy yo por haber prejuzgado a alguien simplemente porque su vida no se parece a la mía. Ahora la idea me resulta desagradable. Sobre todo porque empieza a parecer cierta. Así que termino el whisky más rápido de lo que pretendía y dejo el vaso sobre la barra dispuesto a pagar, pero Mike lo retira antes de que pueda decir nada.

—Hoy no —dice rellenándolo de nuevo con absoluta tranquilidad —. Invita la casa.

Miro el segundo vaso durante un instante, pensando que probablemente no debería aceptarlo, pero sinceramente, hoy tampoco tengo demasiadas ganas de tomar decisiones inteligentes.

—Gracias.

Mike apoya ambos antebrazos sobre la barra y dirige una mirada breve hacia el otro extremo del local donde Chris acaba de dejar una bandeja sobre una mesa.

—Es mi mejor fichaje.

La frase hace que vuelva a mirar automáticamente hacia allí.

—No lo dudo —respondo más por continuar la conversación que por otra cosa.

Mike sonríe.

—Ese chico vale su peso en oro.

Hay algo distinto en la manera en que lo dice. Algo que deja claro que no está hablando solo de trabajo.

—La vida no se lo ha puesto precisamente fácil, pero nunca se queda quieto esperando que las cosas mejoren solas. Chris pelea por lo suyo.

Tomo otro sorbo de whisky mientras sus palabras se quedan dando vueltas dentro de mi cabeza mucho más de lo que deberían. Eso me lleva a mirar otra vez hacia donde se encuentra Chris. Esta vez sin fingir que no llevo toda la noche haciéndolo.

Llevo ya bastante rato en el local cuando empiezo a notar un ligero mareo agradable detrás de los ojos. No es nada preocupante, pero sí esa sensación cálida y algo torpe que aparece cuando el cansancio acumulado y el alcohol empiezan a mezclarse.

Chris continúa trabajando sin descanso de un lado a otro del bar y, aunque intenta disimularlo, empiezo a darme cuenta de que de vez en cuando lanza pequeñas miradas hacia donde estoy sentado como si quisiera comprobar que sigo aquí.

La idea me resulta peligrosamente atractiva.

Apoyo el vaso sobre la barra y vuelvo la cabeza justo en el momento en que uno de los clientes con los que Chris había estado hablando antes se levanta de su asiento.

Es un tipo atractivo que parece muy seguro de sí mismo. Demasiado diría yo. De pronto, se inclina ligeramente hacia Chris para decirle algo que no alcanzo a escuchar y entonces le coloca la

mano en la parte baja de la espalda con una familiaridad que hace que algo desagradable se tense inmediatamente dentro de mí.

Chris no se aparta, ni parece incómodo. De hecho, sonríe ligeramente mientras escucha lo que el otro le dice al oído antes de marcharse hacia la salida, y de pronto el whisky ya no me calienta el cuerpo, me quema por dentro como si fuera el fuego del mismísimo infierno.

Mi percepción de lo que me rodea aparece alterada, porque me siento algo confundido y una imagen de Steven aparece en mi cabeza. Steven sonriendo al primero que se le acercara, utilizando ese tono encantador con cualquiera que pudiera ofrecerle atención suficiente, o haciéndome sentir durante años como si siempre tuviera que competir con el resto del mundo por ocupar un lugar importante en su vida.

Aprieto la mandíbula, porque no pienso volver a pasar por algo así. Doy un último trago demasiado rápido al whisky y me levanto antes siquiera de pensarlo demasiado.

Mike parece desconcertado al verme incorporarme de golpe.

—¿Todo bien?

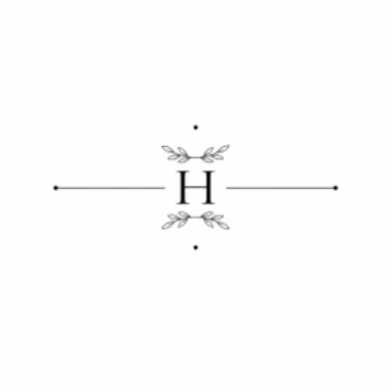
—Sí. Solo necesito un poco de aire fresco

Ni siquiera espero respuesta.

Salgo del bar prácticamente impulsado por una necesidad imperiosa de alejarme de allí antes de seguir viendo a Chris sonriéndoles a otros hombres como si el mundo entero estuviera a sus pies.

El aire frío de Chicago me golpea de lleno en cuanto cruzo la puerta, y solo entonces me doy cuenta de que estoy mucho más afectado por todo esto de lo que debería.

CAPÍTULO 8



CHRIS

No hará ni media hora desde que Ed salió del Halsted y desde entonces no he dejado de moverme de una punta a otra del bar intentando mantener la cabeza ocupada, y el resultado es que no lo consigo.

Cada vez que atravieso el local con una bandeja o entro en la cocina para recoger una comanda, me viene a la mente la forma en que salió de aquí: demasiado rápido, con una postura más rígida de la que suele tener y, lo peor de todo, tambaleándose ligeramente.

Quizás no debería preocuparme tanto, pero no puedo evitarlo.

—Chris, la mesa cuatro está esperando las bebidas —oigo de fondo la voz de Mike.

—Ya voy.

Recojo la bandeja casi de forma automática y regreso a la barra intentando ignorar la sensación incómoda que me acompaña desde hace rato. El Halsted está lleno esta noche. Las conversaciones se mezclan con el sonido de platos, vasos y música suave mientras el olor a comida caliente impregna el local.

Normalmente este ambiente me ayuda a despejarme. Hoy no lo consigue, porque una parte de mí sigue pendiente de Ed.

—Anda, vete a casa.

Levanto la vista y encuentro a Mike secándose las manos detrás de la barra, mientras me observa colocar la bandeja por enésima vez sobre la barra, con esa calma suya que a veces resulta irritante.

—No creo que sea el mejor momento —respondo mirando alrededor—. Esto está lleno.

—Los refuerzos están al llegar.

—Aun así debería continuar.

—¿Quién es el jefe aquí?

Intenta poner voz autoritaria, pero la expresión le dura exactamente dos segundos antes de que ambos terminemos lanzándonos una mirada cómplice. Nos conocemos demasiado bien. Y sé perfectamente que cuando Mike insiste en algo suele tener razón. Cediendo, apoyo una mano sobre la barra y resoplo cansado.

—No tendría que haber bebido tanto —digo dejando salir lo que de verdad me preocupa en este momento.

Mike arquea una ceja comprendiendo mi comentario sin necesidad de más explicaciones.

—No creo que el whisky sea el verdadero problema esta noche.

No respondo, porque desgraciadamente sospecho que tiene razón.

—Vete a casa, Chris —añade esta vez con voz mucho más tranquila—. Hay trenes que no se pueden dejar pasar.

La frase me golpea de una forma que no esperaba.

Mike conoce mi historia con Ed prácticamente desde el principio. Fue una de las primeras personas que me escuchó después de aquella cita a la que Ed nunca apareció y también el primero que me dijo que dejara de esperar explicaciones que probablemente no llegarían jamás.

Y míranos ahora, compartiendo piso años después como si el universo tuviera un sentido del humor especialmente cruel. Hago caso a la sugerencia de Mike y, sin pensarlo más, termino quitándome el delantal y lo dejo sobre la barra.

—Te debo una.

—Me debes muchas —responde Mike sin inmutarse.

Al final salgo del Halsted soltando una carcajada provocada por la ironía de mi jefe y en cuanto noto el aire frío de la noche es como si volviera a la cruda realidad. Durante el trayecto de vuelta no dejo de preguntarme qué voy a encontrarme al llegar al apartamento.

¿Ed estará dormido? ¿Seguirá enfadado? O directamente ni siquiera habrá vuelto todavía, pero por cómo se marchó del bar, algo inclinado hacia un lado y con esa mirada demasiado brillante, algo me dice que no debería haberlo dejado ir solo.

Mientras subo en el ascensor apoyo la cabeza un instante contra la pared metálica y cierro los ojos. Estoy bastante más cansado de lo habitual, y no solo por las horas en el bar.

La convivencia con Ed se está convirtiendo en algo extraño. Algo que cambia constantemente de forma. Unos días discutimos por cualquier tontería y otros compartimos sofá, comida o silencios como si lleváramos años haciéndolo. Es agotador intentar entender qué somos exactamente el uno para el otro. Dos hombres atrapados en algo que pudo suceder y nunca llegó a hacerlo, y aun así condenados a convivir lo bastante cerca como para conocernos demasiado.

Las puertas del ascensor se abren en nuestra planta. El pasillo está en silencio. Cuando introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta, lo primero que noto es la oscuridad. Toda la casa está apagada.

Durante un instante pienso que quizá Ed todavía no ha vuelto, pero entonces distingo una silueta sentada en el sofá del salón.

Enciendo la luz de la entrada y el resplandor cálido ilumina parcialmente el apartamento. Ed está exactamente en el lugar donde suele sentarse algunas noches frente al televisor, solo que esta vez la pantalla permanece apagada y él ni siquiera parece haberse molestado en quitarse la corbata.

Tiene la mirada perdida y, en cuanto cierro la puerta despacio detrás de mí, algo en la forma rígida de sus hombros me pone en

alerta de inmediato.

—Ed, ¿te encuentras bien?

Mi voz sale mucho más suave de lo que pretendía.

Durante unos segundos él no responde. Tan solo levanta la cabeza y entonces veo en sus ojos el alcohol, el cansancio y una ira contenida que me atraviesa el cuerpo como un mal presentimiento.

Mierda.

Quizá venir a casa tan deprisa no ha sido tan buena idea después de todo.

—¿Por qué lo preguntas? —Responde arrastrando ligeramente las palabras—. ¿Ha pasado algo que pueda hacer que me encuentre mal?

El tono me hace tensarme.

Camino despacio hacia el salón intentando no reaccionar todavía.

—Ed.

—Porque tú parecías encontrarte muy bien hace un rato —continúa antes de que pueda hablar—. Muy cómodo, de hecho.

Ahora sí entiendo que esto no tiene nada que ver con el alcohol.

Me siento en el otro extremo del sofá ignorando de forma deliberada el veneno de sus palabras.

—¿Qué te sucede? ¿Puedo ayudarte?

Ed suelta una risa seca que me colma la paciencia mucho más rápido de lo que debería, y eso tan solo puede significar una cosa: problemas.

—¿Ayudarme? No. Ya conozco a hombres como tú.

La frase hace que todas mis alarmas se enciendan al instante, porque de pronto ya no estamos hablando de lo que él crea que ha sucedido en el bar, ni de esta noche. Estamos hablando de algo mucho más grande, y también mucho más peligroso.

—No sabes nada de mí —respondo intentando mantener la calma, pero incluso yo noto la tensión que empieza a endurecerme la voz.

Ed vuelve a reírse entre dientes de esa forma desagradable que tienen algunas personas cuando el alcohol es el que habla por ellos.

—Claro que sí. Ya conozco a hombres como tú —repite.

Esta vez siento cómo algo dentro de mí se tensa de golpe y mi reacción es incorporarme automáticamente del sofá como si hubiera saltado un resorte dentro de mi cuerpo.

—¿Y eso qué cojones significa?

Ed alza la vista hacia mí apoyando un brazo sobre el respaldo del sofá, completamente desparramado y aun así intentando mantener esa actitud arrogante que utiliza cuando quiere sentirse por encima de los demás.

—Significa que he visto perfectamente cómo te miraba ese tipo en el bar.

¡Ah! Ahora sí encajan las piezas.

Durante unos segundos me quedo observándolo sin saber si sentir rabia o simplemente cansancio por la gilipollez que acaba de soltar.

—¿Hablas de Darren? —pregunto finalmente—. Es cliente habitual desde hace años y también vecino de este bloque.

—Claro —responde soltando una carcajada amarga—. Seguro que todos son solo clientes habituales.

La frase me cae como un jarro de agua fría, porque ya no solo está hablando de mí. Al parecer, también lo hace de otra persona. De alguien que al parecer le hizo suficiente daño como para que se sienta ofendido a las primeras de cambio.

—No sabes nada de mí, Ed.

—Sí que lo sé. Sé perfectamente cómo funcionan los hombres como tú.

La forma en que escupe las palabras consigue que algo dentro de mí termine por romperse. Porque durante semanas he intentado entenderlo, e incluso he intentado tener paciencia con sus normas absurdas, con su necesidad enfermiza de controlarlo todo y con esa forma constante de mirar a los demás como si estuviera esperando

que lo decepcionaran. No obstante, una cosa es intentar entender las heridas de otro, y otra muy distinta dejar que alguien las use para aplastarte.

—¿Sabes cuál es tu problema? —pregunto antes de poder contenerme—. Que sigues creyendo que todo el mundo va a hacerte daño.

¡Bingo! Esta vez he acertado de pleno. Por primera vez desde que entré al apartamento veo cómo algo cambia en su expresión. Esa seguridad falsa de la que siempre hace gala desaparece por un instante y me muestra la herida abierta de par en par.

—¡Maldita sea! —murmura incorporándose del sofá—. ¿Quién coño te has creído que eres para hablarme así, niñato de mierda?

Ahora soy yo quien se ríe, aunque mi risa no muestra ni rastro de humor.

—Aquí el único niñato eres tú.

Ed se pone en pie demasiado rápido y tiene que apoyarse un segundo en el respaldo del sofá para mantener el equilibrio. A pesar de ello avanza hasta quedar prácticamente frente a mí.

Es más alto y más corpulento, pero ahora mismo no pienso retroceder ni un paso.

—Te crees que todo gira a tu alrededor —continúo sintiendo la rabia acumulándose en el pecho—. Que todo el mundo tiene que comportarse exactamente como tú esperas para no molestarte.

—¡No tienes ni idea de lo que estás diciendo!

—¡No, Ed! El que no tiene ni idea eres tú. Esto no es tu bufete ni tu antigua vida perfecta. La gente aquí no está esperando tu aprobación constantemente.

Sus ojos brillan llenos de furia, y de algo más. Algo mucho más parecido al miedo.

—¡No te atrevas a hablarme de mi vida cuando no sabes una mierda sobre ella! —escupe Ed dando un paso más hacia mí.

El olor a whisky me golpea directamente en la cara. Ahora lo veo con nitidez: no está enfadado solo conmigo, al parecer está

enfadado con su ex, con el trabajo, con su vida hecha pedazos, e incluso consigo mismo. Por lo que parece hoy de alguna manera se han alineado los planetas y ha decidido descargarlo sobre mí.

Levanta una mano señalándome con un dedo tembloroso y durante un segundo realmente parece dispuesto a seguir avanzando. Mis reflejos reaccionan antes que mi paciencia y le sujeto la muñeca en el aire con firmeza y con la suficiente fuerza como para detenerlo.

El contacto lo deja inmóvil unos segundos.

Puedo notar su respiración agitada chocando contra mi cara y, por un instante, volvemos a estar demasiado cerca. Tan cerca que sería fácil olvidar que estamos discutiendo, e incluso recordar exactamente por qué esto duele tanto.

—Suéltame —murmura entre dientes.

Lo hago inmediatamente, aunque no retrocedo.

—¡Madura, Ed!

La frase sale mucho más cansada que furiosa, porque de pronto me siento agotado de intentar acercarme a alguien que parece empeñado en convertir cualquier gesto en una amenaza.

Ed se queda mirándome como si acabara de abofetearlo.

—¿Perdona?

—El día que dejes de sentirte una víctima quizá podamos volver a hablar como personas normales.

Sé que las palabras son duras en cuanto salen de mi boca. Lo veo en su cara, por desgracia, ya es demasiado tarde para retirarlas.

Durante unos segundos el apartamento queda en silencio. Solo se escucha el ruido lejano del tráfico entrando amortiguado desde la calle y nuestras respiraciones todavía tensas flotando entre los dos.

Ed aparta la mirada primero, y, por algún motivo, eso me duele más de lo que esperaba.

De pronto ya no parece enfadado, ahora parece destruido. Lo siento, de verdad, pero esta vez no pienso correr detrás de él para arreglarlo. Así que doy la conversación por terminada y me aparto antes de decir algo todavía peor.

—Buenas noches, Ed.

Me marcho hacia el pasillo sin volver la vista atrás y cierro la puerta de mi habitación con menos rabia de la que realmente siento. Al otro lado del apartamento no se escucha absolutamente nada y ese silencio suena muchísimo peor que cualquiera de nuestras discusiones.

CAPÍTULO 9



ED

Una semana después

Me despierto sobresaltado creyendo que ha sonado el despertador, pero cuando abro los ojos y la oscuridad de la habitación termina de enfocarse a mi alrededor, comprendo que todavía es de madrugada. Los números fluorescentes del reloj descansan sobre la mesilla marcando las tres en punto. Gracias a Dios que aún me quedan varias horas antes de tener que levantarme para ir al bufete.

Resoplo cansado y vuelvo a acomodarme entre las sábanas, intentando recuperar el sueño, pero apenas cierro los ojos escucho otro ruido dentro del apartamento, y esta vez sí que pongo más atención, aunque solo oigo silencio.

Tras unos segundos, suena otra vez y ahora lo identifico como una tos. Una tos seca y profunda que parece arrastrarse por el pasillo. Frunzo el ceño de forma automática y durante unos segundos permanezco tumbado mirando hacia el techo mientras intento convencerme de que no es asunto mío. Sin embargo, cuando el acceso vuelve a escucharse, más fuerte esta vez, termino apartando las sábanas y poniéndome en pie.

El suelo está frío bajo mis pies mientras cruzo el dormitorio. Al pasar frente a la habitación de Chris, veo luz filtrándose hacia el pasillo a través de la puerta entreabierta. Debe de estar en el baño, así que me acerco despacio y entonces vuelvo a escucharlo.

La tos ahora resulta mucho peor de cerca. Es tan fuerte y repetitiva que parece sacudirle el cuerpo entero.

Cuando llego a la puerta del baño, lo encuentro sentado sobre la tapa del váter, inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas mientras intenta recuperar aire entre espasmos de tos.

Por un momento me quedo completamente quieto, y es que, después de todo lo que ha sucedido entre nosotros estas últimas semanas, no sé cómo acercarme a él sin que parezca una intromisión, o mucho peor, una hipocresía por mi parte.

Chris sigue tosiendo sin darse cuenta siquiera de que estoy aquí y noto una incomodidad por dentro que me hace cuestionarme si debo acercarme a él, pero aun así termino retrocediendo en silencio y la única opción que encuentro es volver a mi habitación y sentarme en el borde de la cama con la luz apagada y el cuerpo tenso, escuchando atento cualquier ruido procedente del pasillo.

Lo cierto es que mientras lo hago me digo que solo es tos. Nada grave, o eso intento repetirme una y otra vez. Sin embargo, apenas pasan unos minutos antes de que otro acceso todavía más fuerte atraviese el apartamento. Esta vez incluso escucho cómo termina jadeando al borde de las arcadas y cierro los ojos un instante compadeciéndome de él.

Mierda.

Ya no puedo fingir que esto no está ocurriendo.

Cuando regreso al baño, Chris ya no está allí. La puerta de su habitación permanece abierta y la luz tenue de la mesilla ilumina parcialmente el cuarto. Me asomo con cautela y lo encuentro sentado sobre la cama, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las piernas mientras intenta recuperar el aliento después del ataque de tos.

Solo lleva los bóxer puestos y el cabello se le pega ligeramente a la frente a causa del sudor. La fiebre le ha teñido las mejillas de un tono rojizo poco habitual en él y, por primera vez desde que lo conozco, Chris parece frágil. Esa idea me desagrada más de lo que debería.

Durante unos segundos permanezco quieto en la puerta observándolo sin saber muy bien cómo acercarme después de todo lo que ha sucedido entre nosotros. La distancia de estas últimas semanas sigue ahí, suspendida entre los dos como algo demasiado reciente para ignorarlo. Sin embargo, cuando vuelve a toser y veo cómo aprieta los ojos con agotamiento, el orgullo deja de parecerme una cosa tan importante.

—Chris, ¿estás bien?

Mi voz suena mucho más suave de lo habitual y él levanta ligeramente la cabeza al escucharme. Durante un instante parece desorientado, como si tardara en reconocer dónde está. Entonces intenta sonreír, aunque solo le sale un pequeño gesto cansado en la comisura de los labios.

—¿Tú qué crees?

La voz rota por la fiebre y la tos consigue que algo dentro de mí se retuerza con culpabilidad, por lo que me acerco sin dudar ni un solo segundo más y apoyo una mano sobre su frente. El calor que desprende su piel es tan intenso que retiro la palma por pura inercia antes de volver a colocarla con más cuidado.

Está ardiendo.

Es entonces me doy cuenta de algo que me hace sentir todavía peor: durante días apenas he reparado en él. Lo he visto llegar tarde, encerrarse en su habitación o quedarse dormido en el sofá después del trabajo y he dado por hecho que simplemente seguíamos enfadados. Ni siquiera me he parado a pensar que quizá estaba agotado, enfermo o lleva demasiado tiempo forzando el cuerpo para seguir adelante. Porque eso es exactamente lo que hace Chris cada día de su vida, ahora lo veo con claridad: seguir adelante.

Mientras yo me he pasado media vida intentando ascender, encajar en determinados círculos y perseguir una perfección que nunca termina de llegar, él tan solo ha sobrevivido. Ha trabajado desde demasiado joven, ha construido su vida prácticamente solo y a pesar de ello sigue siendo capaz de entrar cada día al Halsted sonriendo como si pudiera con el mundo. Y lo más desconcertante de todo esto es que parece mucho más en paz consigo mismo de lo que yo lo he estado nunca.

Intento apartar todos esos pensamientos y voy al baño para mojar una toalla con agua fría. Cuando regreso, Chris se ha dejado caer sobre la almohada y mantiene los ojos cerrados. Le coloco la tela húmeda sobre la frente con cuidado y él suspira apenas perceptiblemente.

—¿Necesitas algo? —pregunto en voz baja.

Chris entreabre los ojos, pero la fiebre parece mantenerlo atrapado en algún lugar a medio camino entre el sueño y la realidad.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí, ¿recuerdas?

Él niega despacio con la cabeza y entonces murmura unas palabras que consiguen atravesarme mucho más de lo que esperaba.

—No. Tú no vives aquí. Tú desapareciste de mi vida dejándome más solo que antes de conocerte.

La frase cae sobre mí con un peso insoportable, y por primera vez en mucho tiempo comprendo que quizá nunca entendí realmente lo que significó aquello para él.

Chris mantiene los ojos cerrados mientras habla, como si la fiebre hubiera debilitado también todas las barreras que intenta levantar entre él y el resto del mundo. La respiración le sale pesada y entrecortada, pero él continúa hablando con esa honestidad involuntaria que solo aparece cuando alguien está demasiado cansado para seguir escondiéndose.

—No te necesito —murmura con voz ronca—. Pero yo te amaba, ¿lo entiendes? Estaba enamorado de ti y desapareciste sin

despedirte siquiera.

Las palabras me dejan completamente inmóvil.

Durante un instante solo soy capaz de mirarlo sin saber qué responder. Porque nunca imaginé que aquello hubiera llegado tan lejos para él. Sí, sabía que se había sentido decepcionado, incluso herido, pero esto que me cuenta, esto es otra cosa.

Es amor, algo para lo que no estoy preparado.

La palabra queda suspendida en mi cabeza mientras observo a Chris tumbado sobre la cama, enfermo, agotado y vulnerable de una forma que jamás le había visto mostrar. Y es entonces cuando ocurre algo todavía peor.

Una parte de mí entiende perfectamente lo que está diciendo. Sí, joder, lo entiendo demasiado bien, por eso el miedo aparece tan rápido. Porque si acepto que Chris me quiso de verdad, también tendría que aceptar lo mucho que lo dañé. Y después de todo lo que ha ocurrido con Steven, con el trabajo y con mi vida desmoronándose poco a poco, lo último que sé manejar ahora mismo es la culpa.

Así que hago lo único que llevo meses haciendo cada vez que algo me supera: protegerme. Aunque sea a costa de herir a quien tengo delante.

—No era el momento, Chris —respondo intentando sonar razonable, cuando en realidad solo estoy intentando poner distancia entre lo que acaba de confesar y yo—. Apenas nos conocíamos. No sabía que habías sentido algo así en tan poco tiempo.

Chris abre lentamente los ojos y me mira de verdad por primera vez desde que entré en la habitación. Lo que logra que cometa un grave error, ya que lo único que debería hacer es detenerme y no decir nada, pero no, yo sigo hablando.

—No puedes seguir aferrándote a algo que ocurrió hace tanto tiempo. A nuestra edad ya deberías saber gestionar ciertas cosas.

En cuanto las palabras abandonan mi boca sé que acabo de provocar un desastre, porque aprecio cómo la expresión de Chris cambia por completo. Toda la vulnerabilidad que había mostrado

apenas unos segundos antes desaparece sustituida por una mezcla de incredulidad y dolor que hace que me odie inmediatamente.

Él se incorpora de golpe sobre la cama ignorando la fiebre y apartándose la toalla de la frente con brusquedad.

—¡Vete de aquí!

La voz ya no suena cansada, sino rota.

—Chris, yo…

—¡Tú nunca vas a entender lo que significa querer a alguien de verdad! —escupe mirándome con rabia—. ¡Sal de mi vida, joder! —afirma con tristeza y rabia.

Algo dentro de mí también termina explotando entonces, porque estoy cansado, confundido y completamente incapaz de soportar que me miren como si fuera el villano de una historia que ni siquiera entendí cuando ocurrió.

—¡Maldita sea! ¿Es que nunca vas a perdonarme?

El silencio que sigue a mi pregunta resulta devastador y en el mismo instante en que la pronuncio comprendo que he vuelto a hacerlo. Otra vez, sin pretenderlo, he convertido el dolor de Chris en algo sobre mí.

Y quizá eso es exactamente lo que él lleva intentando decirme desde el principio.

Tras esto, simplemente salgo de la habitación con el pecho ardiéndome y cierro la puerta detrás de mí más rápido de lo necesario, como si todavía pudiera escapar de todo lo que acaba de suceder ahí dentro.

Cuando la verdad es que sé que no, que ya es demasiado tarde para eso.

CAPÍTULO 10



ED

Por más que intento dormir, no lo consigo. Cada vez que cierro los ojos vuelven a mi cabeza las palabras de Chris, la forma en que me miró y el dolor que había en su voz cuando me pidió que saliera de su habitación.

Todo esto me está sobrepasando.

Yo solo quería encontrar un piso. Un lugar tranquilo donde reconstruir un poco mi vida después de lo sucedido con Steven, y no terminar compartiendo espacio con alguien que me obliga a enfrentarme a partes de mí mismo que llevaba años evitando mirar.

Esa es la puñetera verdad. Nunca he sabido qué hacer con los sentimientos de los demás cuando empiezan a tocar demasiado cerca los míos, y quizá por eso todo terminó mal también con Steven.

La idea me golpea con una claridad tremenda mientras permanezco tumbado mirando hacia la oscuridad del techo. Siempre me resultó mucho más fácil señalar lo que él hizo mal que admitir mi propia parte en el desastre. Me refugié en el trabajo, en los horarios interminables y en esa obsesión por mantener cada aspecto de mi vida controlado, pero esto me está llevando a comprender que amar a alguien no funciona así.

Sigo escuchando la tos de Chris atravesando el apartamento y llega un momento en que me resulta imposible ignorarla. El sonido ya no me permite esconderme detrás del orgullo ni de la discusión que acabamos de tener.

Resoplo cansado y termino levantándome de nuevo.

Cuando entro otra vez en la habitación, el estado en el que encuentro a Chris consigue que se me caiga el alma a los pies. Está mucho más sudoroso que antes y la fiebre parece haberle robado incluso la poca energía que le quedaba. Las sábanas se enredan desordenadas alrededor de su cuerpo y apenas reacciona cuando me acerco.

Voy directamente al botiquín del baño y rebusco hasta encontrar el termómetro.

Chris ni siquiera protesta cuando le pido que levante un poco el brazo para colocárselo. El hecho de que se haya quitado la camiseta para soportar el calor no ayuda precisamente a mi concentración. Su torso desnudo queda parcialmente iluminado por la lámpara de la mesilla y durante un instante tengo que obligarme a recordar que ahora mismo lo importante no es lo atractivo que pueda parecerme.

Lo primero es lo primero.

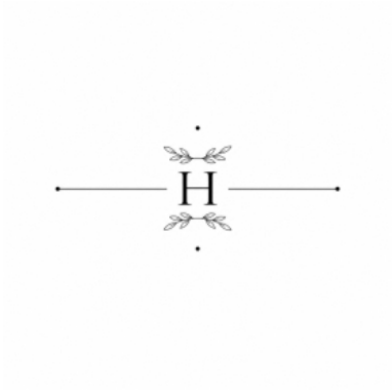
Cuando el termómetro pita y miro la pantalla, se me hiela el cuerpo. Más de cuarenta grados.

—¡Joder!

Chris vuelve a gemir entre sueños y esta vez ya no me queda ninguna duda de que esto va mucho más allá de un simple resfriado mal curado.

Voy al baño para humedecer otra toalla y al regresar compruebo que la caja de analgésicos de la mesilla está vacía. Miro el reloj resignado sabiendo que ahora lo que toca es buscar una farmacia de guardia.

Perfecto. La noche promete ser larga.



Cuando vuelvo de la farmacia estoy empapado.

La lluvia cae con fuerza sobre Chicago y el viento helado que sopla entre los edificios consigue atravesarme el abrigo igual que si llevara encima tan solo una camisa. La farmacia de guardia estaba varias calles más abajo y, después de caminar ida y vuelta bajo este tiempo infernal, siento los pies congelados y el cuerpo agotado.

En cuanto entro en el apartamento cierro la puerta con cuidado para no hacer demasiado ruido y dejo la bolsa sobre la encimera de la cocina. Durante unos segundos me apoyo en ella intentando recuperar el aliento mientras el silencio del piso me envuelve otra vez.

Todo parece distinto de madrugada. El ambiente se ha tornado más íntimo, y lo siento de una manera que me dice que me estoy implicando emocionalmente.

Voy a mi habitación para cambiarme la ropa mojada y mientras me seco el cabello con una toalla me doy cuenta de que empiezo a preocuparme de verdad por Chris. No de esa forma superficial en la que uno se preocupa por un compañero de piso enfermo. Esto es otra cosa, y quizá por eso me asusta tanto.

Cuando regreso a su habitación, él sigue medio dormido. Apenas abre los ojos cuando lo ayudo a incorporarse un poco para darle el analgésico y el jarabe para la tos que me recomendó el farmacéutico.

—Tómate esto —murmuro sosteniéndole el vaso de agua—. El de la farmacia dice que es mano de santo.

Chris consigue esbozar una sonrisa mínima antes de beber obedientemente. Después vuelve a hundirse contra la almohada con un suspiro cansado.

Me quedo sentado a los pies de la cama observándolo unos minutos más hasta asegurarme de que la medicación empieza a hacer efecto. La respiración parece algo más tranquila y la fiebre, aunque sigue alta, ya no lo hace estremecerse igual que antes.

Entonces caigo en algo que me hace sentir todavía peor y es que no recuerdo haberlo visto comer desde hace días. Intento pensar en la cocina, en platos sucios, en restos de comida o cualquier cosa que me indique que al menos ha estado alimentándose un poco, pero cuanto más lo pienso más claro tengo que probablemente lleve demasiado tiempo sobreviviendo únicamente del café y las jornadas interminables en el Halsted.

Aprieto la mandíbula con frustración. Nos hemos pasado semanas evitándonos y, en medio de todo eso, ni siquiera fui capaz de darme cuenta de algo tan básico. La próxima vez tendré que estar más atento.

Resoplo despacio y me levanto de la cama intentando apartar esos pensamientos de mi cabeza. Si consigue bajar algo la fiebre necesitará comer un poco, así que termino entrando en la cocina dispuesto a preparar algo caliente.

No soy precisamente un experto cocinando, pero hay una sopa que mi abuela hacía cuando alguno de nosotros enfermaba y, por suerte, es tan sencilla que incluso yo puedo recordarla.

Mientras saco verduras y una olla, no puedo evitar pensar en lo ridículo que resulta todo esto. Hace apenas unas horas Chris y yo prácticamente nos gritábamos, y ahora estoy aquí, cocinándole sopa de madrugada como si llevara toda la vida haciéndolo.

Todo sea por ayudar a un compañero, intento decirme, pero ni yo mismo me creo ya esa mentira. Chris y yo dejamos de ser simples compañeros hace mucho tiempo, aunque todavía no sepa exactamente en qué nos convierte eso.

Para no seguir pensando, termino encendiendo la pequeña radio que hay sobre la nevera. Una emisora nocturna llena la cocina con música suave y voces tranquilas; mientras remuevo lentamente la sopa, comienza a sonar una canción: I Feel Love de Argyle.

La melodía se desliza por la cocina casi como un susurro y me quedo quieto unos segundos sosteniendo la cuchara de madera entre los dedos.

Mierda.

¿Por qué todo últimamente termina recordándome a él?

La lluvia golpea las ventanas del apartamento mientras el vapor asciende desde la olla y, por primera vez en muchísimo tiempo, tengo la extraña sensación de que esto, se parece demasiado a un hogar.

Cuando regreso a la habitación con la sopa, Chris ya no está dormido.

La medicación parece haberle sentado algo mejor porque mantiene los ojos abiertos y la mirada un poco más centrada, aunque sigue viéndose agotado. El cabello oscuro continúa húmedo por el sudor y la fiebre todavía le colorea las mejillas, pero al menos ya no parece tan perdido.

En cuanto me acerco, aparto el paño tibio de su frente y vuelvo a humedecerlo en el pequeño cuenco de agua que he dejado sobre la mesilla. Él observa todos mis movimientos en silencio, como si todavía no terminara de creerse que siga aquí después de lo ocurrido hace un rato.

—Gracias, Ed —susurra finalmente.

Escuchar mi nombre en su boca me toca por dentro de una forma que no esperaba.

No sé en qué momento exacto empecé a bajar tanto la guardia junto a él, pero ahora mismo me siento completamente expuesto. Y lo peor es que Chris ni siquiera está haciendo nada especial. Solo me dedica esa mirada agotada que parece capaz de ver a través de todas las capas que llevo años construyendo a mi alrededor.

De repente tengo la sensación incómoda de que el indefenso aquí no es él. Soy yo.

—No tienes que darme las gracias —murmuro evitando sostenerle demasiado la mirada—. Te he preparado sopa. Necesitas comer algo.

Chris asiente despacio.

Lo ayudo a incorporarse apoyando una mano en su espalda y noto inmediatamente el calor que todavía desprende su cuerpo incluso a través de la piel húmeda. Cuando consigo acomodarlo entre las almohadas voy a la cocina y regreso con un cuenco del que todavía sale algo de vapor.

Para su sorpresa, no le entrego la cuchara. Pruebo primero un poco de sopa para comprobar la temperatura y después acerco la siguiente cucharada hacia él. Chris me observa durante un instante antes de abrir la boca obedientemente.

Y así, poco a poco, terminamos sumidos en una rutina extrañamente íntima. Yo soplando cada cucharada. Él esperándome en silencio.

A todo esto hay que sumarle la lluvia que golpea las ventanas del apartamento mientras la música suave de la radio llega amortiguada desde la cocina. Todo hace que esto resulte muy cercano.

Cuando termina casi la mitad del cuenco, apoyo la sopa sobre la mesilla y con una servilleta le limpio la pequeña gota que le ha quedado en la comisura de los labios. Mis dedos rozan su barba descuidada y el contacto me provoca un pequeño escalofrío que me pilla totalmente descolocado.

Chris me sujeta la mano antes de que pueda apartarla. Lo hace despacio y sin tensión, como si quisiera darme tiempo para retroceder. No lo hago, y el resultado es que por primera vez en muchos días ninguno de los dos aparta la mirada.

Hay demasiado cansancio acumulado entre nosotros como para seguir fingiendo, también hay demasiadas cosas sin decir.

Chris tira ligeramente de mi mano y me inclino casi sin darme cuenta. El beso llega de forma tan suave que durante un instante ni siquiera soy consciente de que está ocurriendo realmente.

Sus labios están tibios y se mueven sobre los mío muy lentos. Y aun así noto algo dentro de mí romperse por completo. Este no es un beso explosivo ni desesperado. Es mucho peor porque lo siente quemándome por dentro. La suavidad de su boca, el leve roce de su bigote contra mi piel y la forma en que Chris suspira contra mis labios consiguen que una sensación desconocida me invada el pecho.

La palabra para designar todo esto aparece en mi cabeza con una claridad aterradora y lucho porque no quiero darle un nombre, lo que resulta en unas emociones tan contradictorias que hacen que el vértigo llegue de golpe.

Me separo demasiado rápido, respirando con dificultad mientras intento entender qué demonios acaba de pasarme. Chris me mira confundido desde la cama, todavía sujetándome ligeramente la muñeca.

—¿Pasa algo, Ed?

Sí que pasa. Me pasa de todo. Porque algo acaba de abrirse dentro de mí y no tengo ni idea de cómo manejarlo. Al comprenderlo, lo miro completamente desbordado.

—No, no puedo.

La voz apenas me sale.

—Lo siento.

Y antes de que pueda detenerme a pensar en lo que estoy haciendo, me aparto de él y prácticamente huyo de la habitación corriendo y no me detengo hasta llegar al recibidor.

Tengo el corazón golpeándome el pecho con tanta fuerza que por un momento me cuesta incluso respirar con normalidad. Todo dentro de mí parece fuera de lugar, como si el beso hubiera removido algo que llevaba demasiado tiempo enterrado y ahora no supiera cómo volver a contenerlo.

Me paso una mano temblorosa por el cabello mientras intento ordenar mis pensamientos, pero es inútil, la realidad sigue ahí dándome golpes en el pecho y los labios.

Acabo de besar a Chris, y lo peor no es eso. Lo peor es la forma en que me he sentido haciéndolo. Esa calidez, esa sensación de pertenecer a algún sitio que incluso me ha hecho pensar que no estoy solo durante unos segundos.

¡Mierda!

Me pongo el abrigo casi a ciegas y salgo del apartamento antes de que el sentido común pueda alcanzarme. El ascensor tarda una eternidad en subir y cuando por fin las puertas se abren entro en él con tanta prisa que apenas noto que alguien va a salir primero, y termino chocando contra un cuerpo enorme cubierto por un uniforme de seguridad de color oscuro.

—Perdón —murmuro automáticamente levantando la vista.

El hombre me observa con cierta sorpresa antes de hacerse a un lado para dejarme pasar. Lo reconozco vagamente del edificio. Alto, corpulento y siempre con expresión tranquila. David, creo que así se llama.

—No pasa nada —responde con voz grave mientras sostiene la puerta del ascensor—. ¿Todo bien?

La pregunta me descoloca porque durante un instante estoy tentado de reírme.

No. Nada está bien. Obviamente no pienso decirle eso.

Asiento apenas con la cabeza y salgo al vestíbulo antes de que pueda seguir preguntando nada más. Cuando atravieso la puerta principal, el aire helado y la lluvia me golpean de lleno en la cara.

Chicago parece distinto a estas horas. Las calles brillan húmedas bajo las farolas y el viento arrastra el agua entre los edificios mientras algunos coches atraviesan las avenidas casi vacías dejando reflejos largos sobre el asfalto. Me subo mejor el cuello del abrigo y comienzo a caminar sin importarme demasiado que la lluvia termine empapándome otra vez.

No sé exactamente adónde me dirijo y por inercia, mis pies terminan llevándome directamente hacia el Halsted. Quizá esto suceda porque es el único lugar donde ahora mismo siento que puedo respirar sin tener a Chris demasiado cerca. O quizá porque

todo en mi vida parece conducir inevitablemente hacia él aunque siga intentando escapar.

Cuando doblo la esquina y distingo el cartel iluminado del bar a lo lejos, siento una presión enorme en el pecho. Por primera vez en mucho tiempo sé exactamente qué me está asustando tanto y con ironía tengo que reconocer que no es el beso y tampoco es Chris. Es lo que siento cuando estoy con él.

Y créeme, eso es algo que ahora mismo me parece muy intenso como para atreverme todavía a llamarlo por su nombre.

CAPÍTULO 11



ED

No puedo ser más idiota.

Otra vez he salido sin paraguas llevado por las prisas y ahora tengo el abrigo empapado y el agua resbalándome por el cuello mientras atravieso la calle prácticamente vacía. La lluvia cae con fuerza sobre Chicago y el viento frío se cuela entre los edificios haciendo que todo resulte todavía más inhóspito a estas horas.

Cuando empujo la puerta del Halsted, el contraste me golpea de inmediato al percibir el calor, la luz tenue y el silencio.

Por primera vez desde que empecé a venir aquí, el bar está prácticamente vacío. Las sillas descansan boca abajo sobre la mayoría de las mesas, el suelo ya está limpio y el olor a café recién hecho se mezcla con el de detergente y madera húmeda. Todo esto logra que ahora mismo este lugar me parezca un refugio.

Mike está detrás de la barra cerrando la caja. Sé perfectamente que me ha visto entrar porque alza un poco la cabeza cuando la puerta se cierra a mi espalda, pero continúa revisando unas cuentas escritas en un cuaderno viejo y desgastado como si quisiera darme tiempo para decidir qué demonios hago aquí.

Cuando me acerco finalmente a la barra, él deja el bolígrafo a un lado y me observa con calma.

—¿Te apetece un café? —pregunta con naturalidad—. Fuera debe hacer un frío que pela.

Agradezco para mis adentros que no mencione el hecho de que llevo el pantalón del pijama debajo del abrigo ni la cara de absoluto desastre emocional que debo arrastrar ahora mismo.

Asiento y me subo a uno de los taburetes mientras él pone en marcha la cafetera. Durante unos segundos, ninguno habla. Solo se escucha la lluvia golpeando con suavidad los cristales y el sonido del café llenando la taza.

—¿Todo bien? —pregunta finalmente Mike mientras hace una anotación distraída en el cuaderno.

La pregunta debería resultarme fácil de esquivar. Lo normal sería responder cualquier tontería y largarme de aquí cuanto antes. Sin embargo, algo en este lugar, en la hora tardía de la madrugada y en la tranquilidad de Mike, consigue que mi cabeza deje de funcionar con normalidad. Antes de darme cuenta, ya estoy hablando.

Y, por supuesto, estoy hablando de Chris.

—¿Hace mucho que lo conoces?

Mike levanta la vista hacia mí y asiente despacio, aunque no intenta interrumpirme.

—Bastante.

Aprieto la taza caliente entre las manos intentando ordenar mis propios pensamientos.

—Entonces supongo que sabrás que pasó algo entre nosotros hace años.

—Algo me contó.

La forma en que responde me deja claro que conoce la versión de Chris, pero también que no piensa meterse más de la cuenta. Quizá precisamente por eso continúo.

—Todo esto que está pasando ahora. Las peleas, los malentendidos —resoplo cansado pasándome una mano por la cara

—. Todo viene de aquella cita. Chris cree que lo dejé plantado.

Mike sigue escuchándome en silencio.

—Pero no fue así —añado antes de que pueda detenerme—. Yo sí fui.

La confesión queda suspendida entre nosotros y al hacerla noto algo que me oprime la garganta, ya que nunca había dicho esto en voz alta. Ni siquiera para mí mismo. A continuación tomo aire lentamente.

—Llegué al lugar en el que habíamos quedado. Lo vi sentado esperándome y joder, estaba tan feliz. Tan ilusionado, que entonces en lo único en lo que pude pensar fue en que iba a terminar decepcionándolo igual que hago con todo el mundo.

La garganta se me seca mientras recuerdo aquella noche en la que Chris se encontraba riéndose con el camarero, mirando la puerta cada pocos segundos, esperándome ilusionado. Y yo observándolo desde el otro lado de la calle como un cobarde incapaz de entrar.

—Me asusté —admito finalmente en voz baja—. Eso fue lo que pasó realmente. Me dio miedo que aquello se volviera algo muy importante para mí.

Mike arquea ligeramente una ceja espesa mientras seca un vaso con tranquilidad.

—Entonces el problema nunca fue Chris.

La frase cae sobre mí con una claridad brutal, porque tiene razón.

Todo este tiempo he intentado convencerme de que las circunstancias, el momento o cualquier otra excusa justificaban lo que hice, cuando la verdad es mucho más simple y mucho más miserable. Siempre huyo cuando algo empieza a importarme de verdad.

Mike deja el vaso que estaba secando junto al fregadero y durante unos segundos no dice absolutamente nada. El silencio no resulta incómodo, es como si me estuviera dando espacio para escuchar mis propios pensamientos ahora que por fin los he pronunciado en voz alta.

Le doy otro sorbo al café intentando ignorar el nudo que siento en el estómago.

La lluvia continúa golpeando los ventanales del Halsted y el reflejo de las luces de la calle se desliza sobre el suelo todavía húmedo del local. A estas horas todo parece diferente, quizá porque no hay ruido para esconder ciertas cosas.

Mike recoge un par de vasos abandonados al final de la barra y los lleva hasta el lavavajillas antes de volver junto a mí en silencio. Sin juzgar, creo que precisamente por eso termino hablando otra vez.

—La verdad es que ahora mismo no sé qué demonios hacer con mi vida.

La frase me sale mucho más cansada de lo que esperaba.

Mike apoya ambas manos sobre la barra y me observa durante unos segundos con esa calma suya que empieza a resultar un poco incómoda.

—No creo que estés tan perdido como piensas.

Suelto una pequeña risa amarga.

—¿Ah, no?

—No. Creo que simplemente llevas demasiado tiempo huyendo de las mismas cosas.

Las palabras me llegan con una precisión irritante, porque en el fondo reconozco que tiene razón. Llevo años escondiéndome detrás del trabajo, de relaciones a medias y de una vida cuidadosamente ordenada para no enfrentarme jamás a nada que pudiera removerme por dentro.

Lo peor de todo esto es que Chris lo ha hecho desde el primer momento, y estoy seguro de que sin proponérselo siquiera.

—No quería hacerle daño —murmuro mirando el café ya casi frío —. Nunca quise eso.

Mike asiente despacio.

—Lo sé.

Lo peor es que creo que él es consciente de que estoy diciendo la verdad, y no sé porqué, pero eso casi me resulta más difícil de soportar.

Durante unos segundos ninguno habla. Mike continúa ordenando algunas cosas detrás de la barra mientras yo permanezco sentado intentando entender en qué momento mi vida se volvió un desastre emocional imposible de controlar.

Porque ahora mismo siento demasiadas cosas al mismo tiempo: culpa, miedo, deseo, y una necesidad imperiosa de volver al apartamento solo para comprobar que Chris sigue allí. Eso último es lo que más me asusta.

Mike termina cerrando la caja y apaga una de las lámparas del fondo del local antes de acercarse de nuevo.

—No soy quien para meterme en la vida de nadie —afirma—, pero si yo fuera tú apostaría fuerte por Chris.

Levanto la vista hacia él.

—¿Tan seguro estás?

Mike resopla sonriendo.

—Ese chico merece la pena, Ed. Te lo aseguro.

Aprieto los labios automáticamente porque escuchar a otra persona decir exactamente lo que llevo horas intentando negar me deja sin defensas. Es cierto, Chris merece la pena, ese es precisamente el motivo por el que siento tanto miedo de acercarme a él.

Termino el café y dejo algunas monedas sobre la barra, pero Mike los aparta inmediatamente hacia mí.

—Invita la casa.

—No, Mike.

—Sí, Ed. Y cuando necesites hablar otra vez, ya sabes dónde encontrarme.

La mirada amistosa que me dedica antes de seguir recogiendo el local consigue que algo dentro de mi pecho se retuerza todavía más. El motivo es que veo con claridad que llevo años rodeándome de

personas con las que nunca hablaba realmente de nada importante, y ahora un camarero de bar parece entenderme mejor que yo mismo.

Cuando salgo del Halsted la lluvia cae todavía con más fuerza que antes. El aire frío me golpea la cara en cuanto cruzo la puerta y durante unos segundos permanezco quieto bajo el toldo del local mirando la calle vacía y las luces reflejadas sobre el asfalto mojado. Chicago parece una ciudad distinta a estas horas, más triste y silenciosa.

Me subo mejor el cuello del abrigo y emprendo el camino de vuelta al apartamento con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza hecha un auténtico desastre. Las palabras de Mike siguen resonando dentro de mí y, cuanto más las pienso, más claro tengo que lleva toda la razón. El problema nunca fue Chris, ni aquella cita. Ni siquiera lo que sucedió después con Steven.

El problema siempre he sido yo.

Yo y mi incapacidad para quedarme cuando algo empieza a importarme de verdad.

Cuando llego al edificio, el vestíbulo está completamente vacío y el ascensor tarda una eternidad en subir. Durante el trayecto hasta nuestra planta me apoyo contra la pared metálica intentando ordenar un poco todo lo que siento, pero es inútil. Tengo la sensación de haber abierto una puerta dentro de mí que ya no sé cómo cerrar.

Entro en el apartamento procurando no hacer ruido. El silencio que encuentro al otro lado me causa angustia. Después de tantos días de tensión, discusiones y silencios incómodos, ahora la calma debería parecerme agradable, pero no es así. Ahora el piso se encuentra demasiado vacío y sin vida.

Me quito el abrigo mojado y lo dejo sobre una silla mientras escucho con atención por si Chris vuelve a toser, pero no se oye absolutamente nada. Debe de estar dormido por puro agotamiento después de la fiebre, de la discusión y de todo lo que ha sucedido esta noche entre nosotros.

Sin poder evitarlo, termino acercándome a su habitación.

La puerta sigue entreabierta y la oscuridad apenas me deja distinguir su silueta sobre la cama. Solo entra un poco de luz procedente de la calle que dibuja parcialmente sus facciones relajadas. Dormido parece mucho más joven, más tranquilo, y por un instante me descubro observándolo con detenimiento.

Es un hombre muy atractivo, pero no es solo eso lo que mueve algo en mi interior. Es la forma en que llena el apartamento sin darse cuenta, cómo se ríe viendo esos programas absurdos por la noche, su forma de cocinar mientras tararea canciones que luego se le olvidan a mitad. Y sobre todo, la manera en la que ha conseguido que este lugar deje de parecer un simple piso de alquiler y empiece a ser lo más parecido a un hogar que he tenido en mi vida.

Entonces mi mirada baja despacio hasta sus labios y el recuerdo del beso me atraviesa el cuerpo con una intensidad que me obliga a apartar la vista. Ahora sí lo entiendo.

Entiendo por qué Chris no consiguió olvidarme, por qué el recuerdo de lo sucedido entre nosotros seguía doliéndole años después y también entiendo por qué yo estoy tan aterrado. Lo que siento no es deseo solamente, es algo mucho peor y mucho más profundo también.

Apoyo una mano sobre el marco de la puerta intentando contener toda la amargura que me oprime el pecho. He sido un egoísta. Primero desapareciendo de aquella cita y ahora volviendo a entrar en la vida de Chris justo cuando parecía haber conseguido reconstruirse.

No puedo seguir haciéndole esto.

No puedo acercarme a él, besarlo y después reaccionar como si hubiera ocurrido algo terrible solo porque soy incapaz de soportar lo que siento. Chris merece algo mejor que alguien como yo.

La decisión termina instalándose dentro de mi cabeza con una claridad dolorosa. Necesito marcharme antes de seguir complicándolo todo. Quizá unos días lejos del apartamento me

ayuden a ordenar las cosas y, sobre todo, le den a Chris un poco de tranquilidad después de todo lo que le he removido.

Voy a mi habitación y saco una mochila pequeña del armario. Meto un par de mudas, el neceser y algo de ropa sin pensar demasiado en ello. No necesito más. El resto de mis cosas permanece exactamente donde estaban porque, aunque intente convencerme de lo contrario, en el fondo sé que esto no es una despedida definitiva.

Reconocerlo, me hace odiarme un poco más mientras cierro lentamente la cremallera de la mochila y durante el instante en el que echo una última mirada hacia el pasillo que, ahora se encuentra a oscuras, antes de marcharme.

CAPÍTULO 12



CHRIS

La alarma del móvil me despierta haciendo que me sobresalte y durante unos segundos no tengo ni idea de dónde estoy. Estiro el brazo a ciegas sobre la mesilla hasta encontrar el teléfono y consigo silenciar el sonido antes de que me atraviese la cabeza por completo.

—Joder.

La voz me sale ronca y pesada. Me incorporo lentamente porque todavía noto el cuerpo un poco raro después de la fiebre de estos últimos días. Tengo la garganta seca, la espalda dolorida y una sensación de agotamiento que parece haberse instalado directamente en los huesos.

Me froto los ojos intentando despejarme y entonces los recuerdos de la noche anterior regresan todos de golpe. Ed cuidándome y dándome la sopa con la cuchara. Su mano rozándome la cara, y, por último, ese beso.

Maldita sea, cómo huyó otra vez tras ese beso.

Me incorporo un poco y apoyo los codos sobre las rodillas, dejando caer la cabeza entre las manos mientras suelto una risa amarga. Todavía sigo preguntándome qué demonios he visto

siempre en ese hombre para que mi corazón lleve años regresando al mismo sitio una y otra vez como un idiota. Lo peor no es que Ed me guste. Lo peor es que nunca he conseguido olvidarlo de verdad.

Ni siquiera después de todo este tiempo.

Maldita sea mi suerte, si en todos estos años apenas he sido capaz de acostarme con alguien sin terminar comparándolo con él. Y eso es bastante triste cuando ni siquiera llegué a tener nada real con esa persona.

Resoplo cansado y termino levantándome de la cama. Al salir al pasillo, mi mirada se dirige hacia la habitación de Ed por pura costumbre. Como era de esperar, la puerta está abierta y él no está. La cama sigue hecha, como si ni siquiera hubiera dormido aquí, pero unos zapatos continúan debajo de la ventana y una de sus chaquetas sigue colgada en la percha.

Entro al baño todavía medio dormido y allí el golpe resulta todavía peor, ya que su colonia permanece sobre la repisa. El albornoz continúa colgado detrás de la puerta.
e incluso el cepillo de dientes se halla dentro del vaso junto al mío.

Así no hay manera de olvidar a alguien.

Apoyo ambas manos sobre el lavabo y cierro los ojos un instante intentando controlar la mezcla de rabia y angustia que me aprieta el pecho, porque lo peor de todo esto es que no se ha ido del todo. Eso significa que probablemente volverá.

Maldito sea el instante en que acepté compartir piso con él.

H

Han pasado varios días desde que Ed se marchó y, aunque intento convencerme de que todo resulta más sencillo sin él en el

apartamento, la realidad es bastante distinta.

Hay momentos en los que agradezco en silencio no encontrarme su taza en el fregadero, ni escuchar la ducha a las siete de la mañana, ni verlo sentado en el sofá fingiendo que presta atención a esos concursos tan previsibles que siempre terminaban haciéndome reír. Al menos ahora puedo respirar sin sentir constantemente que estoy a punto de cometer otra estupidez.

En ocasiones me descubro mirando el móvil durante un buen rato o prestando atención cada vez que escucho pasos en el pasillo del edificio como si una parte de mí esperara verlo aparecer de nuevo por la puerta, y créeme si te digo que eso me enfurece todavía más, ya que sigo preocupado por él a pesar de todo. No sé dónde demonios se está quedando, ni si duerme bien. Ni siquiera sé si está comiendo algo decente o sobreviviendo únicamente gracias al café y al trabajo como suele hacer cuando algo se le mete dentro de la cabeza.

Todo esto hace que la angustia aparezca cuando menos la espero atenazándome el corazón.

—Chris, tráete una caja de cerveza alemana de la trastienda.

La voz de Mike me saca de mis pensamientos mientras termino de fregar el suelo de los baños del Halsted. Hoy el local está bastante tranquilo y estamos aprovechando las horas muertas para adelantar limpieza y reorganizar algunas cosas.

—Voy.

Dejo la fregona apoyada junto a la pared y atravieso el bar hasta la trastienda. El almacén huele a cartón, cerveza y humedad. Las luces blancas del techo parpadean ligeramente mientras me acerco a una pila de cajas colocadas al fondo. Al agacharme para coger una de ellas escucho unos pasos entrando detrás de mí.

—¿Qué pasa? ¿Creías que no podría con la caja?

La sonrisa me sale automática mientras me vuelvo convencido de que es Mike, pero desaparece de mi rostro al instante, porque quien entra no es Mike.

Es Ed.

El corazón me da un vuelco tan brusco que durante unos segundos me cuesta incluso respirar con normalidad. Está frente a mí con el cabello ligeramente húmedo por la lluvia y esa expresión agotada que últimamente parece haberse quedado instalada en su cara. A pesar de ello, odio el alivio que siento al verlo.

—¿Qué quieres? —pregunto intentando que la voz me salga fría, aunque por dentro me encuentre hecho un manojo de nervios otra vez.

Ed se queda quieto frente a mí unos segundos. Lleva las manos metidas en los bolsillos del abrigo y tiene ojeras marcadas, como si tampoco hubiera dormido mucho durante estos días.

—Quiero que hablemos.

Suelto una risa sin humor y aparto la caja de cerveza hacia un lado con más brusquedad de la necesaria.

—Yo ya no tengo nada que hablar contigo.

Intento pasar junto a él para salir de la trastienda, pero Ed me sujeta por el brazo antes de que pueda hacerlo.

—Chris, por favor.

—¡Déjame!

Me libero de su mano inmediatamente y doy un paso atrás como si me hubiera quemado.

—Besarme cuando estaba enfermo y desaparecer después fue algo mezquino incluso para ti, Ed —escupo sintiendo toda la rabia acumulada en el pecho—. Llevo años justificándote y ya estoy cansado.

La expresión de Ed cambia en un instante. El golpe le ha dolido, lo veo claramente, pero esta vez no retrocede como habría hecho antes y eso me desconcierta todavía más.

—No sabes lo que me está costando todo esto —dice con voz tensa.

—¿Ah, sí? Pues imagínate cómo me siento yo. Porque tú al menos puedes marcharte cuando te entra miedo. Yo soy el imbécil que siempre se queda esperando.

La frase queda suspendida entre nosotros cargada de demasiadas cosas. Al escucharla, Ed aprieta la mandíbula y durante unos segundos parece que esté debatiendo consigo mismo. Después ocurre algo que no esperaba en absoluto, me agarra por los hombros y tira de mí hacia él para besarme.

No hay suavidad esta vez.

El beso nos estalla encima como una explosión contenida por demasiado tiempo. Su boca choca contra la mía con desesperación y rabia al mismo tiempo, como si besarme fuera la única forma que tiene de evitar romperse delante de mí. Y quizá yo necesito exactamente lo mismo.

Lo empujo contra una estantería sin dejar de besarlo y el golpe hace temblar algunas cajas a nuestro alrededor. Nuestros labios se buscan torpemente, chocando dientes y absorbiendo nuestras respiraciones agitadas mientras toda la frustración de estos años parece concentrarse en este instante. Convertida en rabia, deseo, dolor, necesidad una maraña en la que todo aparece mezclado. Las manos de Ed se hunden en mi camiseta y durante unos segundos dejo de pensar en nada que no sea él. Solo existe el sabor de su boca, el calor de su cuerpo pegado al mío y esta sensación enfermiza de que, incluso después de todo lo que ha sucedido entre nosotros, sigo queriéndolo.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad y entonces volvemos a mirarnos. Ahí está el problema de nuevo, el deseo desaparece tan rápido como llegó y lo único que queda es toda la mierda emocional que seguimos sin saber manejar.

—Te odio cuando haces esto —murmuro con el pecho subiendo y bajando violentamente.

—¿Hacer qué? ¿Quererte? —responde él igual de alterado.

La frase me llega con tanta fuerza que reacciono antes de pensar. Lo empujo con rabia y Ed me agarra inmediatamente para evitar perder el equilibrio.

—¡No vuelvas a decirme cosas así si luego vas a salir corriendo otra vez!

—¡Estoy intentando arreglarlo, joder!

—¡No! ¡Lo que haces es aparecer cuando te sientes solo y desaparecer cuando algo se vuelve tan real que hace que te cagues de miedo!

La tensión entre los dos se vuelve completamente física entonces. Nos empujamos otra vez incapaces ya de distinguir dónde termina la rabia y dónde empieza todo lo demás. Hay demasiadas emociones acumuladas, demasiado orgullo herido y demasiado dolor mezclado con deseo. Sinceramente creo que ninguno de los dos sabe ya cómo detenerse.

El sonido de varias botellas cayendo dentro de una caja es lo que termina rompiendo el momento. Tras ese jaleo, la puerta de la trastienda se abre de golpe y Mike entra con expresión alarmada al encontrarnos forcejeando entre las estanterías.

—¡¿Pero qué coño os pasa?!

Su voz retumba en el almacén y apenas tengo tiempo de reaccionar cuando nos separa de un tirón brusco. Ed retrocede primero chocando contra unas cajas apiladas y yo me quedo al otro lado intentando recuperar el aliento mientras noto la adrenalina latiéndome todavía en todo el cuerpo.

Mike nos mira como si acabara de encontrarse a dos completos idiotas.

Probablemente tiene razón.

—¡Basta ya! —gruñe señalándonos alternativamente—. ¿Os habéis vuelto locos o qué?

El silencio que cae después resulta casi peor que la discusión. Ahora puedo ver el desastre que acabamos de montar: cajas movidas, botellas rodando, nuestras respiraciones agitadas, y Ed mirándome con los labios enrojecidos por el beso y una expresión frustrada que incluso me avergüenza haciendo que quede destrozado por dentro.

Todo esto está mal. Lleva tantos años estando mal que me canso con solo pensarlo. Me paso una mano temblorosa por el cabello

intentando contener la mezcla de rabia, deseo y dolor que me está asfixiando.

—No, Mike. No te preocupes. Esto se acaba aquí —murmuro primero, aunque la voz me sale mucho más quebrada de lo que pretendía.

Después levanto la vista hacia Ed, y ahí ya no consigo contenerme.

—Esto nunca hubiera funcionado.

La frase sale disparada desde un lugar demasiado cansado dentro de mí.

—¿Qué? —susurra Ed casi sin voz.

Ya no puedo parar.

—Estoy harto de esto, ¿me oyes? Harto de que aparezcas y desaparezcas cuando te da miedo sentir algo. Harto de que me beses como si te estuvieras muriendo y luego huyas dejándome hecho polvo.

Ed intenta acercarse un paso, pero niego inmediatamente con la cabeza.

—No. Esta vez no.

La furia vuelve a subirme por la garganta mezclándose con algo mucho peor: la impotencia y la resignación que me dice que sigo queriéndolo incluso ahora. Confirmarlo en mi interior lo único que hace es destrozarme por dentro.

—Ve al apartamento y recoge tus cosas cuando quieras —digo finalmente con el tono más frío y cruel que he usado jamás con nadie—. Ya no quiero verte más, Ed.

El silencio que sigue a mis palabras resulta insoportable.

Ed se queda completamente quieto frente a mí, como si acabara de golpearlo físicamente. Durante unos segundos parece incapaz de reaccionar siquiera, y, a continuación, baja la cabeza sin decir nada.

Eso es lo peor.

Simplemente se gira lentamente y camina hacia la salida de la trastienda con una expresión tan devastada que por un instante

siento ganas de correr detrás de él y retirar cada palabra que acabo de decir. Pero no lo hago, estoy demasiado roto.

Justo antes de que salga, la luz del pasillo ilumina parcialmente su rostro y me parece distinguir el brillo húmedo de una lágrima resbalando silenciosamente por su mejilla. Después desaparece y la puerta se cierra tras él dejando un vacío tan brutal que tengo que apoyarme contra una estantería para no venirme abajo allí mismo. La sensación que siento ahora mismo es tan fuerte que hasta me había olvidado de que Mike seguía a mi lado y cuando suelta un resoplido cansado vuelvo la vista hacia él.

—¿Te parece bonito el numerito que acabáis de montar?

No respondo.

Ni siquiera soy capaz de moverme.

Mike me observa unos segundos más y cuando vuelve a hablar, su voz suena mucho más seria.

—Acabas de perder al amor de tu vida, Chris.

La frase me atraviesa todo el cuerpo y lo peor de todo es que creo que tiene razón.

CAPÍTULO 13



ED

Cuanto más lejos me encuentre de Chris, mejor será para los dos. O al menos eso intento repetirme mientras camino sin rumbo bajo la lluvia por las calles de Chicago con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y el corazón completamente destrozado.

Chris tiene razón. Soy un cobarde.

Un maldito cobarde que nunca debería haber aceptado compartir aquel piso sabiendo quién era él y lo que removía dentro de mí desde el primer instante en que volvió a aparecer en mi vida, porque la verdad es mucho más simple de lo que he querido admitir durante todo este tiempo. Desde que lo vi otra vez, lo único en lo que he estado pensando es en quedarme a su lado, y precisamente por eso llevo semanas huyendo.

La imagen de Chris gritándome en la trastienda vuelve una y otra vez a mi cabeza como una condena imposible de silenciar.

«No quiero verte nunca más».

Joder.

La manera en que me miró fue lo que terminó de romperme. No había solo rabia en sus ojos, también había una decepción enorme, cansancio por pasar por esto de nuevo y un dolor tan grande, que

ha hecho que por primera vez entienda realmente todo el daño que le hice años atrás.

Me detengo unos segundos bajo el toldo de una tienda cerrada y me paso una mano temblorosa por la cara, intentando secarme las lágrimas mezcladas con lluvia. Hace muchísimo tiempo que no lloraba, tanto que ni siquiera recuerdo la última vez. Probablemente fue cuando era niño y todavía no había aprendido que para sobrevivir hay que levantar muros lo bastante altos como para que nadie pueda entrar.

Aunque no debí haberlos construido muy bien, porque Chris entró igualmente atravesando todas mis defensas sin apenas darse cuenta y ahora siento que mi armadura de hombre fuerte, exitoso y controlado se ha hecho pedazos delante de él.

Lo amo.

La palabra aparece en mi cabeza con una claridad brutal y lo peor es que ahora ya no puedo seguir negándola. Lo amo con una intensidad que me asusta más que cualquier otra cosa que me haya pasado nunca, porque amar a alguien significa que puedes perderlo.

Sigo caminando durante horas sin prestar demasiada atención al rumbo que tomo. La ciudad continúa con su rutina a mi alrededor: coches atravesando avenidas mojadas, luces reflejándose sobre el asfalto, gente entrando y saliendo de bares todavía abiertos. A pesar de ello, me siento completamente solo.

El frío empieza a calarme de verdad cuando termino delante de un hotel pequeño y bastante decadente al que probablemente nunca habría entrado en otras circunstancias. El letrero luminoso parpadea de forma irregular y las ventanas del vestíbulo tienen ese aspecto amarillento de los lugares donde el tiempo parece detenido.

Entro calado hasta los huesos y pido una habitación sin apenas mirar a la recepcionista. Ella me entrega la llave después de dedicarme una mirada rápida que probablemente resume bastante bien mi aspecto actual: un ejecutivo agotado, sin paraguas, con la ropa mojada y cara de haber perdido algo importante.

No se equivoca, ya que mi equipaje cabe en una mochila medio vacía. Pues solo dispongo de un par de mudas, la bolsa de aseo y un corazón hecho trizas.

Cuando entro en la habitación me golpea inmediatamente el olor a humedad y cerrado. La moqueta está gastada, las cortinas torcidas y el aire resulta tan denso que lo primero que hago es abrir la ventana a pesar de la lluvia que continúa cayendo fuera.

Tan solo necesito respirar aire puro. Me quito el abrigo mojado y lo dejo sobre una silla junto a los zapatos, después me dejo caer directamente sobre la cama sin preocuparme siquiera por empaparla. Estoy demasiado cansado para fingir que sigo teniendo el control de algo y, en cuanto cierro los ojos, vuelvo a ver la imagen de Chris.

Siempre Chris con su risa alegre en la cocina, la manera en que llenaba el apartamento con su sola presencia, los programas absurdos que veía por las noches, su voz llamándome desde el salón para que no me perdiera los mejores momentos del show. Ese olor tan sabroso y hogareño de sus guisos y todas las veces que me esperaba despierto aunque fingiera que no lo hacía.

Ahora lo entiendo por fin, de una forma que hasta duele, el problema nunca fue él, ni aquella cita perdida, ni el beso, ni la convivencia. El problema siempre fui yo y mi incapacidad enfermiza para quedarme cuando algo empezaba a importarme demasiado. Siempre me ha resultado más fácil huir que arriesgarme a que alguien vea todas mis grietas. La ironía es que Chris las vio igualmente, y aun así me quiso.



He debido de quedarme dormido sin darme cuenta porque cuando vuelvo a abrir los ojos la habitación permanece completamente a oscuras y durante unos segundos no recuerdo dónde estoy. El ruido de la lluvia golpeando la ventana termina devolviéndome a la realidad.

Me incorporo lentamente notando el cuerpo agarrotado y la ropa todavía húmeda sobre la piel. Miro el reloj y maldigo entre dientes. Apenas me queda tiempo para prepararme si no quiero llegar tarde al trabajo. No puedo permitirme perder eso también.

Me obligo a levantarme y entro en el baño diminuto de la habitación. El agua caliente de la ducha ayuda un poco a despejarme, aunque no consigue aliviar la sensación de vacío que llevo clavada en el pecho desde que salí del Halsted.

Mientras me visto agradezco por primera vez mi costumbre de guardar ropa de repuesto en el despacho. Más de una vez me he manchado la camisa con café antes de una reunión o me ha pillado algún chaparrón inesperado, así que siempre dejo allí un traje limpio y algo de ropa interior. Ahora mismo eso es prácticamente lo único que me salva.

Abro la mochila buscando unos bóxer limpios y entonces noto algo en el fondo que no recordaba haber guardado allí. Frunzo el ceño y saco un sobre ligeramente arrugado que debe de llevar meses escondido entre mis cosas. Lo observo confundido unos segundos antes de abrirlo, y el aire abandona mis pulmones, ya que dentro solo hay rosas de origami. Esas que Chris me fue dejando durante aquellos días en los que todavía fingíamos que aquello entre nosotros no significaba nada.

Me siento lentamente en el borde de la cama mientras las sostengo entre las manos incapaz de apartar la vista de ellas. Hay algunas un poco aplastadas por el tiempo, pero siguen conservando el mismo cuidado con el que él las hacía.

Una presión insoportable me sube hasta la garganta y tengo que cerrar los ojos un instante para contener las lágrimas. Cojo una de las rosas casi por inercia y me la acerco a la nariz. El perfume de

Chris todavía permanece impregnado en el papel de forma suave como si todos estos meses hubiera estado esperándome en silencio dentro de ese sobre.

El pecho me duele tanto que apenas puedo respirar, porque de pronto entiendo algo horrible: no he perdido simplemente a un hombre. He perdido el único lugar donde me había sentido en casa en muchísimo tiempo.

Aprieto la rosa entre los dedos con cuidado de no estropearla y bajo la cabeza intentando recomponerme. Tengo que arreglar esto. No sé cómo demonios voy a hacerlo después de todo el daño que le he causado, pero por primera vez en mi vida tengo claro que hay algo que no quiero perder. Y ese algo es Chris.

El trayecto hacia el centro se me hace eterno. La lluvia continúa cayendo sobre Chicago con esa persistencia gris que parece capaz de empaparlo todo, incluso lo que uno lleva dentro. Esta vez no camino sin rumbo como un idiota. Salgo del hotel directamente hacia la avenida principal y paro un taxi porque ya no tengo tiempo para seguir huyendo de mí mismo.

Me acomodo en el asiento trasero mientras el conductor pone la radio a un volumen bajo y arranca entre el tráfico de la mañana. La ciudad comienza a despertarse lentamente. Veo gente cruzando las calles con cafés en la mano, escaparates iluminados y autobuses llenándose de trabajadores que seguramente tienen problemas mucho más grandes que los míos. Yo, en cambio, no puedo dejar de pensar en Chris. En la manera en que me miró antes de decirme que desapareciera de su vida. Y aun así, debajo de todo ese dolor, continúo notando algo mucho peor: la necesidad desesperada de volver junto a él.

Aprieto la rosa de origami dentro del bolsillo de mi abrigo como si fuera lo único capaz de mantenerme cuerdo, y es en ese momento en el que tomo una decisión.

—Cambie de dirección un momento —le digo al taxista inclinándome un poco hacia delante.

Le doy la dirección del edificio donde he estado viviendo hasta ayer y durante el resto del trayecto noto cómo el corazón empieza a latirme con fuerza. No sé exactamente qué espero conseguir haciendo esto. Chris probablemente ni siquiera quiera verme. Tal vez tire la rosa a la basura en cuanto la encuentre, sinceramente creo que tendría derecho a hacerlo.

Cuando el taxi se detiene frente al edificio le digo al conductor que me espere un minuto y salgo corriendo bajo la lluvia. El portal sigue igual que siempre y eso me provoca una sensación extraña, como si una parte de mi vida continuara aquí detenida mientras yo llevo semanas desmoronándome. Entro y me acerco directamente a los buzones. Nuestros nombres continúan escritos uno al lado del otro y ese detalle tan pequeño hace que se me encoja el corazón.

Saco lentamente la rosa del bolsillo advirtiendo que ahora no huele a Chris sino a mí. Después la deposito con cuidado en el buzón.

Me quedo mirando el buzón unos segundos sintiéndome ridículo y vulnerable al mismo tiempo. Nunca he sabido hablar de sentimientos. Ni con Chris ni con nadie, pero quizá esto sea lo único que puedo hacer ahora mismo.

Dejarle una parte de mí y esperar que todavía no sea demasiado tarde.

—Te quiero, Chris —susurro en voz baja antes de volver hacia el taxi.

CAPÍTULO 14



CHRIS

Esta mañana he vuelto a encontrar otra rosa de origami en la entrada del apartamento.

No he escuchado a Ed llegar, pero imagino perfectamente la escena. Él subiendo en silencio las escaleras o bajando del ascensor demasiado temprano, acercándose hasta nuestra puerta y deslizando la rosa por debajo antes de marcharse otra vez sin atreverse a entrar, a pesar de que todavía conserva la llave.

La observo entre los dedos mientras preparo café en la cocina y noto cómo el pecho se me acelera igual que cada una de las veces anteriores. No, ya no voy a mentirme diciendo que esto no me afecta, cuando sí lo hace, mucho más de lo que debería.

La rosa todavía conserva el olor de su colonia y ese detalle tan pequeño consigue desarmarme de una forma inesperada. Cierro los ojos apenas un instante y durante unos segundos casi puedo imaginarlo aquí dentro otra vez: sentado en el sofá, trabajando con el portátil sobre las piernas, frunciendo el ceño mientras revisa documentos que seguramente odia.

Joder.

Una parte de mí se siente profundamente halagada por todo esto, aunque ni siquiera sepa cómo llamarlo. Porque Ed nunca ha sabido expresar sus sentimientos y, aun así, está intentando decirme algo a través de estas rosas.

Esto hace que una parte de mí continúe a la defensiva, ya que todo esto podría haberlo hecho mucho antes de huir, de besarme y desaparecer, e incluso antes de hacerme sentir durante años que aquello que hubo entre nosotros solo había significado algo para mí.

Dejo la taza sobre la encimera y apoyo ambas manos sobre ella intentando serenarme. Soy incapaz de engañarme ni siquiera a mí mismo: me muero de amor por Ed.

Siempre ha sido él, y probablemente seguirá siéndolo aunque intente convencerme de lo contrario.

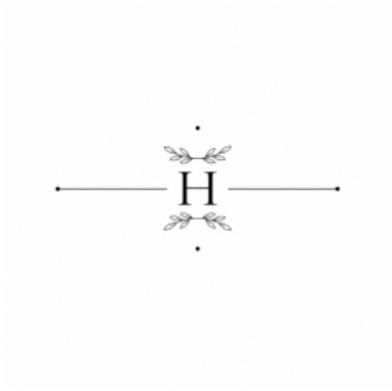
Nunca he deseado a nadie como lo deseo a él y lo peor es que ya ni siquiera hablo únicamente del deseo físico. Echo de menos su presencia en la casa, sus silencios incómodos, la forma en que fingía indiferencia mientras se acostumbraba poco a poco a todo lo que compartíamos. Echo de menos incluso aquello que me sacaba de quicio. Que venga cada día hasta aquí para dejarme una rosa me demuestra que tampoco ha conseguido olvidarme. Y una parte egoísta de mí se aferra a eso con demasiada fuerza.

Sin embargo, ya he pasado por esto una vez. Sé perfectamente lo que ocurriría si ahora le abriera las puertas de par en par y fingiera que todo está arreglado solo porque ambos seguimos enamorados.

No duraríamos ni una semana.

Ed todavía tiene demasiadas heridas abiertas y yo ya estoy demasiado cansado para sobrevivir otra vez a una de sus huidas. Por eso aprieto la rosa entre los dedos y termino guardándola junto a las demás dentro del cajón de la mesilla, como si esconderlas pudiera ayudarme también a esconder todo lo que sigo sintiendo por él.

Aunque los dos sabemos que eso ya es imposible.



Por la tarde, llego algo antes de lo habitual del Halsted. Mike ha insistido en cerrar un poco más temprano porque apenas había clientes y la verdad es que tampoco tenía demasiadas ganas de quedarme hablando con nadie. Últimamente vivo en una especie de agotamiento emocional constante del que no consigo salir.

Nada más entrar al apartamento noto el silencio de siempre y durante un instante siento alivio. Al menos aquí todavía puedo fingir que tengo cierto control sobre mi vida.

Dejo las llaves sobre el recibidor y estoy quitándome la chaqueta cuando suena el timbre. El corazón me da un vuelco tan brusco que me quedo inmóvil unos segundos pensando que a lo mejor es él.

Camino hasta la puerta intentando mantener la calma y cuando abro me lo encuentro en el rellano con una mochila colgada al hombro y una expresión tan cansada que por un momento apenas lo reconozco.

Joder.

Está mucho peor de lo que imaginaba.

Tiene ojeras profundas, la barba descuidada y ese aspecto de hombre agotado que lleva mucho tiempo sin dormir bien. Incluso parece más delgado, como si en estos días hubiera envejecido varios años de golpe. Y lo peor es que, a pesar de todo el daño que me ha hecho, lo primero que siento al verlo así no es rabia. Es ganas de abrazarlo.

De decirle que entre, que deje de huir de una maldita vez y que vuelva conmigo porque lo amo más de lo que debería amar nunca a nadie, pero no pienso bajar la guardia tan fácilmente.

Ed se aclara ligeramente la garganta antes de hablar.

—Hola, venía a recoger mis cosas. ¿Puedo pasar?

Su voz suena mucho más baja de lo habitual, como si ya esperara un rechazo antes incluso de escuchar mi respuesta.

Soy incapaz de contestarle enseguida. Simplemente me hago a un lado y le dejo espacio para entrar. Él pasa junto a mí procurando apenas rozarme y durante unos segundos el apartamento vuelve a sentirse completo de una manera dolorosamente familiar.

Ed mira alrededor con discreción mientras deja la mochila junto al sofá y entonces comprendo que también lo está sintiendo. La casa sigue siendo nuestro lugar aunque ninguno de los dos quiera admitirlo en voz alta.

Cuando se dirige hacia el pasillo para entrar en su antigua habitación, el miedo me golpea de pronto con tanta fuerza que hablo antes siquiera de haber decidido hacerlo.

—Puedes recoger tus cosas, pero no puedes volver a quedarte en tu habitación, ya está alquilada.

La mentira sale más rápido de lo que esperaba y me odio inmediatamente por ello.

Ed se detiene en seco y gira la cabeza lentamente hacia mí. Durante unos segundos no dice nada, pero la expresión de decepción que cruza fugazmente por su rostro me destroza por dentro.

—Lo comprendo —responde finalmente mirándome a los ojos por primera vez desde que ha entrado—. Y siento todo esto, Chris. De verdad.

Sé que está siendo sincero, y eso lo vuelve todo más difícil.

Ya no veo al ejecutivo arrogante que siempre encontraba una excusa para desaparecer cuando las cosas se complicaban. Ahora mismo solo veo a un hombre completamente perdido.

Ed entra en la habitación y empieza a sacar la ropa del armario despacio, como si ni siquiera tuviera fuerzas suficientes para hacer

algo tan simple. Yo permanezco apoyado contra la pared del pasillo observándolo en silencio hasta que vuelve a hablar.

—Estoy buscando algún sitio donde quedarme, porque el hotel en el que estoy ahora mismo es horrible. Apenas puedo respirar allí dentro y sinceramente tampoco puedo permitirme algo mucho mejor. Las cosas en la oficina no van bien.

Suelta una pequeña risa amarga antes de continuar.

—Las cosas no me van demasiado bien, Chris. Ya no trabajo igual que antes y creo que mi jefe está empezando a cansarse de mis errores.

La confesión me golpea de lleno porque por primera vez comprendo hasta qué punto todo esto también lo está destruyendo a él. Ed siempre había parecido alguien muy seguro de sí mismo, alguien que jamás perdería el control de nada. Y ahora tengo delante a un hombre agotado que apenas consigue sostenerse. Al comprender esto, sucede algo todavía peor: me siento culpable porque una parte de mí sabe perfectamente que su vida empezó a desmoronarse al mismo tiempo que la mía.

Ed continúa guardando ropa en silencio y durante unos segundos el único sonido que se escucha en el apartamento es el de las perchas chocando suavemente dentro del armario. Lo observo de espaldas mientras intenta doblar algunas camisas como si mantenerse ocupado fuera la única forma de no derrumbarse delante de mí.

La rabia que sentía hace unos días sigue ahí, todavía clavada en algún rincón del pecho, pero ahora se mezcla con algo mucho más peligroso: ternura. Por más que intente protegerme, sigo viendo a Ed como alguien a quien quiero cuidar.

¡Maldita sea!

Me paso una mano por la nuca intentando ordenar todo lo que siento y entonces hablo antes de arrepentirme.

—Ed, si quieres puedes quedarte aquí.

Él permanece completamente quieto al escuchar mis palabras.

Tarda unos segundos en girarse y cuando lo hace hay una expresión tan vulnerable en sus ojos que casi me obliga a apartar la mirada.

—Pero has dicho que mi habitación ya está alquilada.

La pequeña esperanza que se cuela en su voz me rompe algo por dentro. Porque comprendo de inmediato que se está aferrando a cualquier posibilidad de quedarse, aunque sea la más mínima. Y eso significa que, pese a todo, tampoco quiere perderme.

Trago saliva despacio antes de responder.

—La habitación sí, pero el sofá sigue libre si lo necesitas.

Ed baja la mirada y asiente lentamente. No protesta, no intenta convencerme de nada y tampoco cuestiona mis palabras. Simplemente acepta lo que le estoy ofreciendo como si ni siquiera creyera merecer algo más.

Eso me duele más de lo que esperaba.

—Gracias, Chris.

La forma en que pronuncia mi nombre me remueve por dentro y tengo que tensar la mandíbula para no derribar en ese mismo instante todas las barreras que llevo días intentando mantener levantadas. A continuación, le indico que deje sus cosas en el cuarto de la plancha mientras yo entro en su antigua habitación. En cuanto él desaparece por el pasillo cierro la puerta y echo la llave.

El gesto me hace sentir miserable, ya que esa habitación continúa exactamente igual que cuando se marchó. No la he alquilado. Ni siquiera he sido capaz de tocar apenas nada ahí dentro, pero necesito que exista cierta distancia entre nosotros y lo más importante, necesito protegerme. Y quizá proteger también a Ed hasta que ambos sepamos qué hacer con todo esto que todavía nos está devorando por dentro.

El resto de la tarde transcurre en una calma extraña y silenciosa. Yo me encierro en mi habitación fingiendo ordenar algunas cosas mientras escucho de fondo los movimientos de Ed por el apartamento. Apenas hace ruido. Ni siquiera enciende la televisión y en un par de ocasiones lo escucho abrir y cerrar armarios de la

cocina con cuidado, como si temiera molestarme simplemente por estar aquí.

La situación debería resultarme incómoda, sin embargo, lo único que siento es una especie de alivio al saber que ha vuelto.

Cuando salgo de la habitación ya es bastante tarde. Me he duchado, he intentado leer un rato e incluso he puesto algo de música para distraerme, pero la verdad es que llevo toda la noche pendiente de cada ruido que proviene del salón.

Ed está a pocos metros de mí y aun así parece existir un océano entre los dos.

Camino descalzo por el pasillo y en cuanto me acerco al salón veo que la pequeña lámpara junto al sofá continúa encendida. La televisión también sigue puesta, aunque el volumen está tan bajo que apenas logro distinguir las voces de algún programa nocturno. Sonrío con amargura, incluso ahora intenta no molestar.

Me acerco despacio buscando el mando a distancia entre los cojines y entonces me doy cuenta de que Ed se ha quedado dormido.

Está tumbado sobre el sofá con una manta a medio colocar sobre el cuerpo y el rostro ligeramente girado hacia el respaldo. La luz cálida de la lámpara suaviza las facciones tensas que ha llevado durante días y por primera vez desde que volvió parece estar descansando de verdad.

Me quedo quieto observándolo. Es increíble lo rápido que vuelven a aparecer ciertos sentimientos aunque uno haya intentado enterrarlos.

El pecho se me encoge al verlo así, vulnerable, desarmado y durmiendo en un sofá que claramente le queda pequeño. Ya no parece aquel hombre inaccesible que siempre tenía una respuesta perfecta para todo. Ahora solo veo a alguien agotado, alguien que probablemente lleva demasiado tiempo intentando sobrevivir como puede.

Entonces encuentro por fin el mando entre el sofá y su cuerpo y al inclinarme para cogerlo descubro algo que me deja

completamente sin aire. Ed tiene una de mis rosas de origami entre las manos. La sostiene contra el pecho incluso dormido, como si fuera algo importante que teme perder.

Durante unos segundos soy incapaz de moverme, porque de pronto entiendo que todas aquellas rosas que le hice durante años nunca fueron un gesto ridículo ni un sentimiento unilateral como llegué a creer tantas veces. Ed las guardó y ahora duerme abrazado a una de ellas como si dentro tuviera guardado algo mucho más grande que un simple trozo de papel.

Noto una presión dolorosa detrás de los ojos y tengo que apartar la mirada unos segundos para recomponerme. Después alargo la mano con cuidado y bajo un poco el volumen de la televisión antes de cubrirlo mejor con la manta. Ed se remueve apenas un instante entre sueños, pero no llega a despertarse.

—Idiota —susurro en voz baja sin apartar la vista de él.

Aunque esta vez no lo digo con rabia.

Lo digo porque quizá los dos llevamos demasiado tiempo queriéndonos de una manera torpe y aun así seguimos encontrando el camino de vuelta el uno hacia el otro.

CAPÍTULO 15



CHRIS

Voy a salir a hacer unas compras antes de ir al Halsted y casi me mato al tropezar con una escalera plantada en medio del pasillo.

—Cuidado —escucho decir a Ed desde arriba.

Levanto la vista sobresaltado y me lo encuentro subido en el último peldaño mientras intenta cambiar la bombilla de la lámpara del techo que lleva semanas parpadeando como si viviéramos dentro de una puñetera discoteca.

No puedo evitar sonreír un poco al verlo ahí arriba, concentrado y con el ceño fruncido mientras pelea con algo tan simple como una bombilla. La escena resulta hasta graciosa, justo el tipo de cosas que llevo demasiado tiempo echando de menos aunque nunca quisiera admitirlo.

—No te esperaba despierto tan temprano —comento dejando las llaves sobre la consola de la entrada.

Ed consigue encajar por fin la bombilla y después me mira desde la escalera con una sonrisa cansada.

—Tengo que irme pronto al trabajo, pero antes quería arreglar esto. Me estaba volviendo loco la dichosa lucecita.

Su tono es tranquilo y natural, como si poco a poco ambos estuviéramos aprendiendo otra vez a convivir sin caminar constantemente sobre cristales rotos, y sinceramente, eso me asusta muchísimo más de lo que debería. Aunque no quiera, empiezo a acostumbrarme de nuevo a él, a encontrarlo en casa, a escucharlo moverse por el apartamento y a notar su presencia incluso cuando no hablamos demasiado.

Quizás toda mi inquietud se deba a que eso significa volver a abrir una puerta que juré mantener cerrada.

—Hasta luego —murmuro, intentando no sonar afectado por su presencia mientras me dirijo hacia la puerta.

La verdad es que me marcho al mercado con una sensación cálida instalada en el pecho. Por primera vez desde que volvió, Ed no parece alguien que está ocupando un sofá temporalmente, sino alguien que intenta formar parte de este hogar otra vez.



El día en el Halsted ha sido una auténtica locura.

El frío que hace fuera parece haber arrastrado a media ciudad hasta aquí dentro y desde que he empezado el turno no he tenido ni cinco minutos para sentarme. Durante horas el local ha permanecido lleno de gente buscando calor, café y cualquier cosa caliente que les hiciera olvidar durante un rato el invierno que cae sobre Chicago.

Mike lleva toda la tarde sirviendo su famosa sopa casi al mismo ritmo al que yo recogía cuencos vacíos.

—Como sigamos así voy a tener que cocinar otra olla de emergencia —gruñe mientras remueve lo poco que queda en el fondo de la cazuela industrial.

Yo me limito a mostrarle una sonrisa cómplice mientras limpio una mesa deprisa antes de que entren nuevos clientes.

La verdad es que llevo horas soñando precisamente con esa sopa. Tengo el cuerpo agotado y los pies me laten dentro de las zapatillas después de pasar toda la jornada recorriendo el bar de punta a punta.

Por eso, cuando al terminar el turno entro en la cocina dispuesto a servirme aunque sea un cuenco pequeño antes de volver a casa, Mike me dedica una mirada de circunstancias que ya me hace sospechar lo peor.

—No queda ni una gota.

Miro la olla vacía sintiéndome decepcionado y él termina soltando una carcajada.

—Te juro que es la primera vez que pasa. Esto parecía un refugio esta noche.

—Pues yo iba a sobrevivir gracias a esa sopa —murmuro dejándome caer un instante sobre la encimera.

Mike me observa unos segundos con esa mirada demasiado perspicaz que últimamente parece verlo todo.

—Vete a casa, Chris. Tu cara me dice que necesitas un merecido descanso.

Asiento al escucharlo, porque ya no tengo fuerzas ni para discutirle.

Cuando entro en el ascensor del edificio llevo el cuerpo completamente agotado, pero también noto algo extraño creciendo dentro de mí desde esta mañana. La sonrisa que Ed me ha dedicado mientras cambiaba aquella bombilla sigue rondándome la cabeza.

Es increíble cómo algo tan simple puede removerme tanto.

Supongo que porque durante años imaginé demasiadas veces cómo habría sido convivir de verdad con él sin que huyera, sin silencios incómodos y sin ese miedo constante a que desapareciera de nuevo. Ahora que empiezo a ver pequeños destellos de eso, precisamente por ese motivo tengo miedo, porque cuanto más se

involucra en esta casa, más difícil se vuelve protegerme de él y no quiero volver a cagarla.

Abro la puerta del apartamento esperando encontrar silencio y oscuridad, pero la calefacción está encendida y una luz cálida sale desde el salón. El televisor permanece en pausa y eso hace que una pequeña sensación de alivio me recorra el pecho.

Ed está aquí.

No sé en qué momento su simple presencia volvió a significar tanto para mí, pero ahora mismo la idea de llegar y no encontrarlo se me hace demasiado insoportable.

Me paseo por el apartamento en modo automático esperando que aparezca hasta que escucho el ruido de la ducha en el baño. Durante un instante la imagen de Ed desnudo al otro lado de la puerta me atraviesa la cabeza haciendo que la boca se me haga agua solo con imaginármelo y tengo que obligarme a seguir caminando hacia la cocina antes de empezar a fantasear con cada parte de su anatomía y comenzar a babear por él.

Ahora mismo hay algo todavía más urgente que mis fantasías sexuales: me estoy muriendo de hambre y con hambre nadie piensa con claridad.

Sobre la placa hay una olla manteniéndose caliente a fuego mínimo y a su lado dos bandejas preparadas cuidadosamente con cuencos, cucharas y servilletas dobladas. Incluso ha dejado preparada en pausa en la televisión del salón, la cadena donde emiten el concurso que sigo cada noche, lo que me deja completamente inmóvil porque sé que para hacer todo esto ha pensado en mí antes de que llegara.

Sin embargo, es en el momento en el que descubro la rosa de origami colocada sobre una de las servilletas, cuando ya siento que algo dentro de mí termina de derrumbarse.

Cojo la rosa con cuidado y me la acerco a la nariz casi por instinto. El perfume de Ed sigue impregnado en el papel y eso me provoca un escalofrío inesperado. Cierro los ojos apenas un segundo dejando que ese olor me envuelva mientras intento convencerme de

que todavía puedo mantener cierta distancia emocional entre nosotros, pero la verdad es que cada día se vuelve más difícil y ya estoy rozando el límite de mis fuerzas.

Ed está entrando poco a poco en todos los rincones de esta casa.

Dejo la bandeja sobre la encimera y me asomo al pasillo justo cuando escucho que el agua de la ducha deja de caer. El sonido me obliga a imaginar al instante cómo estará ahora mismo al otro lado de la puerta: el pelo húmedo, la piel caliente, el olor del gel impregnándolo entero. Me muero por verlo desnudo.

Aprieto la mandíbula y me obligo a volver a mi habitación antes de convertirme en un adolescente salido incapaz de controlar sus pensamientos.

Me quito los zapatos despacio intentando aliviar el dolor que tengo en los pies después del turno infernal de hoy y permanezco un rato sentado en la cama escuchando los sonidos del apartamento. Ed moviéndose por la cocina y abriendo los cajones, los platos del lavavajillas chocando suavemente mientras él los coloca.

Todo resulta tan cotidiano que por momentos parece que nunca hubiéramos dejado de convivir así, quizá eso es precisamente lo más peligroso de todo.

Unos minutos después salgo de la habitación procurando no hacer ruido y me acerco al pasillo con la intención de observarlo unos segundos sin que me vea. La escena que encuentro al llegar a la cocina consigue arrancarme una sonrisa inmediata.

Ed está frente a la placa removiendo la sopa muy concentrado mientras intenta no salpicar media cocina en el proceso. Lleva una camiseta gris de manga larga y el pelo todavía húmedo le cae un poco sobre la frente. Resulta tan atractivo en medio de algo tan cotidiano que tengo que apoyarme ligeramente en el marco de la puerta para recordarme que todavía sigo enfadado con él.

Entonces suena el teléfono y el cambio en la expresión de Ed es inmediato. Frunce el ceño y deja escapar una especie de gruñido cansado antes de mirar la pantalla. Algo en su gesto hace que mi cuerpo entero se tense.

Ed suspira y pulsa directamente el manos libres mientras sigue ocupado con la sopa.

—Hola, Ed. Me gustaría que habláramos.

La voz masculina al otro lado consigue helarme el estómago al instante.

No necesito que nadie me explique quién es.

Ed aprieta la cuchara entre los dedos antes de responder.

—Steven, no tenemos nada más que hablar. Todo quedó bastante claro entre nosotros.

La tranquilidad de su tono no consigue aliviarme en absoluto. Siento una punzada desagradable atravesarme el pecho mientras permanezco quieto en la entrada de la cocina escuchando una conversación que probablemente no debería estar oyendo.

—Ed, por favor, escúchame un minuto —insiste Steven—. Me equivoqué. Te echo de menos y no consigo olvidarme de nosotros ni de la vida que teníamos juntos.

El silencio que sigue me parece eterno. Ed aparta la olla del fuego lentamente antes de responder.

—Ya es tarde, Steven.

—No tiene por qué serlo. Podemos arreglar esto.

Entonces Ed niega suavemente con la cabeza y por primera vez desde que empezó la llamada noto una firmeza distinta en él. No suena enfadado ni dolido, sino seguro.

—Durante mucho tiempo pensé que lo que tenía contigo era suficiente —dice con calma—, pero no era felicidad. Aquello tan solo era costumbre. Ahora sé lo que quiero de verdad y no eres tú.

Las lágrimas me suben a los ojos antes incluso de que pueda evitarlo, ya que nunca había escuchado a Ed hablar así.

Nunca había sido tan claro, honesto, ni tan valiente. y lo más doloroso de todo es comprender que no está diciendo esas palabras porque yo esté escuchando, las está diciendo porque realmente las siente.

Ed permanece unos segundos con el teléfono todavía en la mano después de colgar. La cocina queda sumida en un silencio que solo rompe el leve burbujeo de la sopa sobre la placa. Yo sigo quieto junto al marco de la puerta intentando asimilar todo lo que acabo de escuchar.

No sé qué esperaba sentir si algún día Steven volvía a aparecer en la vida de Ed. Quizá miedo, inseguridad o la sensación de que tarde o temprano terminaría regresando con él, porque durante mucho tiempo pensé que jamás podría competir con el tipo de vida que ambos habían construido juntos. Sin embargo, ahora mismo lo único que siento es una emoción tan intensa que apenas logro contenerla.

Ed me ha elegido sabiendo exactamente lo que quiere.

Él se gira lentamente para coger los cuencos y entonces se queda completamente inmóvil al descubrirme observándolo desde la puerta. Durante un instante parece tensarse, probablemente pensando que no debía haber escuchado aquella conversación, pero ya es demasiado tarde para fingir que no ha sucedido.

Nuestros ojos se encuentran y siento que algo cambia de forma silenciosa y definitiva. Ya no quedan fantasmas entre nosotros.

Ni Steven. Ni aquella cita fallida. Ni las huidas constantes de Ed.

Solo quedamos nosotros dos y todo lo que todavía nos da miedo admitir en voz alta.

Me acerco despacio hasta quedar frente a él. La cocina huele a sopa caliente, a jabón y a la colonia que tanto me obsesiona desde hace semanas. Ed parece agotado, pero también tranquilo, como si después de esa llamada hubiera soltado por fin un peso que llevaba demasiado tiempo arrastrando.

Sin pensar demasiado en lo que hago, levanto la mano y le acaricio la mejilla.

Ed cierra los ojos durante un segundo y apoya el rostro contra mi palma con una suavidad que consigue desarmarme por completo. El gesto es tan vulnerable que noto un nudo doloroso en la garganta.

Nunca lo había visto permitirse necesitar a alguien de esta manera.

Nos quedamos así unos segundos, mirándonos en silencio, dejando que todo lo que no sabemos expresar termine ocupando el espacio entre los dos. Y, por extraño que parezca, esta vez el silencio no resulta incómodo.

—Anda —murmuro finalmente recuperando la voz—. Vamos a cenar antes de que la sopa se enfríe.

La pequeña sonrisa que aparece en los labios de Ed es cansada, pero completamente sincera, y por primera vez en muchísimo tiempo siento que quizá todavía tengamos una oportunidad real de hacer las cosas bien.

Esto merece la pena estoy seguro de ello.

CAPÍTULO 16



ED

Debo de ser el tío con más suerte del planeta. En el fondo me alegro de que Chris haya estado escuchando mi conversación con Steven, si no la hubiera escuchado, yo jamás le podría haber explicado con tanta claridad que al único hombre que necesito a mi lado es él. Después de recoger la cena, ambos nos hemos sentado en el sofá, no demasiado cerca, pero sí a una distancia en la que podemos mirarnos y hablar todas estas cosas que necesitamos decirnos.

Últimamente hay algo entre nosotros que parece unirnos de una manera que no podemos controlar. Por eso, cuando Chris me lanza una pregunta no me sorprendo demasiado.

—¿Por qué nunca me habías dicho las cosas tan claras, Ed?

Suspiro intentando encontrar la palabas, Dios sabe que soy un desastre para estas cosas, pero ahora no puedo hacer el tonto. Ahora debo de ser más sincero de lo que lo he sido en toda mi vida.

—Chris no sabía cómo explicarte que cada vez que he huido ha sido por miedo, no por falta de amor. Nunca he dejado de pensar en ti. Ni siquiera en todos estos años y aunque me da vergüenza te voy a confesar una cosa, incluso salí un par de veces con mujeres para

lograr olvidarte, como puedes comprobar no sirvió para nada, porque no lo conseguí.

Chris sonríe de forma pícara al escucharme y yo me remuevo algo incomodo en el sofá, mis confesiones no han terminado aún.

—Cariño, estoy cansado de huir. Al convivir juntos he entendido que no quiero una vida sin ti.

—No me digas esas cosas, Ed. No puedo sobrevivir otra vez a perderte, Te amo demasiado y esta vez mi corazón se rompería en mil pedazos —dice Chris de una manera en la que muestra toda su vulnerabilidad ante mí.

Solo por ese motivo creo que por primera vez en mi vida me permito mirarlo como lo que es para mí: algo valioso.

—No volveré a defraudarte. Cada día de mi vida trabajaré para ser el mejor hombre que puedas tener a tu lado

Chris cierra los ojos afectado por lo que acaba de oír y creo que es la única vez que me acerco a él sin miedo a acariciarlo. Le paso la mano por la mejilla y ese simple gesto hace que él me dedique una mirada llena de amor que hace que el corazón se me acelere.

—Ed, ¿es cierto todo eso que acabas de decirme? ¿Qué quieres quedarte aquí conmigo?

—Sí, Chris. Déjame que te lo demuestre cada día.

Me cuesta sostenerle la mirada después de prometerle algo tan importante. Nunca en mi vida le había prometido nada a nadie porque siempre he sabido que tarde o temprano terminaría marchándome. Sin embargo, ahora, sentado junto a Chris en este sofá, no tengo esa necesidad de escapar que me ha perseguido durante años. Lo único que siento es miedo a que todavía no sea capaz de comprender hasta qué punto lo necesito.

Chris sigue observándome en silencio y noto que está emocionado. Sus ojos brillan ligeramente y eso me destroza porque me doy cuenta de todo el daño que le he hecho sin querer. De todas

las veces que debió sentirse insuficiente cuando en realidad el problema siempre fui yo.

—No me mires así o voy a pensar que todavía estás dudando de mí —intento bromear para aliviar un poco la tensión que hay entre nosotros.

Chris me dedica una leve sonrisa y niega con la cabeza.

—No estoy dudando de ti, idiota. Creo que todavía estoy intentando asumir que esto está pasando de verdad.

Ahora sí que no pido permiso, me muevo deslizándome por el sofá hasta que acorto la distancia que hay entre ambos y paso mi mano por el cuello de Chris atrayéndolo hacia mí. Nuestros rostros quedan frente al del otro y nos miramos. Por un instante observo sus labios sensuales y el deseo por él viene a mi encuentro al instante. A él debe de sucederle lo mismo porque entreabre la boca y puedo ver cómo su lengua se mueve detrás de los dientes.

Chris baja la mirada hacia mi boca y el ambiente cambia al instante. La conversación sigue ahí, suspendida entre nosotros, pero debajo de ella hay algo mucho más intenso creciendo desde hace tiempo. Lo noto en la forma en que él se humedece los labios nervioso y en cómo mis dedos terminan aferrándose al borde del sofá para contenerme.

Nunca había deseado tanto besar a alguien, y ahora siento que hacerlo significa entregarle todas las partes de mí que llevo años escondiendo.

Levanto la mano despacio y le aparto un mechón de pelo de la frente. El simple contacto hace que Chris cierre los ojos por unos segundos y eso termina de derrumbarme por dentro.

—Ven aquí —murmuro con la voz más ronca de lo normal.

Esta vez es él quien acorta la distancia entre nosotros.

Y cuando por fin sus labios rozan los míos ya no hay rabia, ni orgullo, ni miedo. Solo una sensación cálida y abrumadora que me atraviesa entero mientras lo beso despacio, intentando memorizar algo que llevo demasiado tiempo deseando.

Las manos de Chris recorren mi espalda con una mezcla de deseo y ternura que consigue desarmarme todavía más. Me separo un poco para mirarlo y comprendo que jamás volveré a encontrar algo parecido a lo que tengo delante. Chris no es solo el hombre que me ama. Es el único lugar donde he dejado de sentirme solo.

La lluvia continúa cayendo sobre Chicago mientras ambos permanecemos abrazados en mitad del salón, besándonos lentamente y descubriendo sin prisas todo aquello que llevamos años negándonos. Chris se deja llevar por los besos con una entrega que me conmueve mucho más de lo que esperaba. Durante años había imaginado cómo sería tenerlo así de cerca, sin barreras entre nosotros. Y sin embargo la realidad supera cualquier fantasía que hubiese podido construir en mi cabeza. Porque Chris no solo me besa, también me sostiene entre sus manos como si llevara demasiado tiempo esperando este momento y todavía no terminara de creer que sea real.

Acaricio lentamente su cintura por debajo de la camiseta y noto cómo Chris se estremece. Ese pequeño gesto basta para encender todavía más el deseo contenido entre ambos. Aun así ninguno parece tener prisa. Después de todo lo que hemos atravesado, el verdadero vértigo no está en tocarse, sino en permitirse por fin amar sin miedo.

Chris separa los labios de los míos y me observa en silencio. La lámpara del salón ilumina suavemente sus facciones y siento un nudo en el pecho al descubrir la emoción que hay en su mirada.

—No vuelvas a irte nunca más —susurra Chris con una honestidad tan desnuda que me duele.

Le acaricio la mejilla con el pulgar y apoyo la frente contra la suya.

—No pienso hacerlo —esta vez sabe que digo la verdad.

Chris deja escapar una risa nerviosa, seguramente porque ambos somos conscientes de todo lo que acaba de cambiar entre nosotros. Sonrío también y lo atraigo de nuevo hacia mí hasta que Chris termina prácticamente sentado sobre mis piernas. El contacto entre

nuestros cuerpos provoca que los dos contengamos el aire un instante. La tensión física resulta inevitable después de tantos años deseándonos en silencio, pero incluso ahí hay algo distinto a cualquier impulso desesperado que haya sentido antes, y esta vez, no se trata solo de deseo.

Las manos de Chris suben despacio hasta perderse en mi cabello mientras volvemos a besarnos con más profundidad. Percibo cómo poco a poco las inseguridades de ambos empiezan a diluirse en medio de esta intimidad que tanto tiempo llevábamos buscando sin darnos cuenta.

En algún momento la televisión continúa reproduciendo imágenes mudas que ninguno mira ya. Afuera sigue lloviendo sobre las calles de Chicago, pero dentro del apartamento todo parece haberse detenido alrededor de nosotros.

Rodeo a Chris con los brazos y lo abrazo contra mi pecho mientras él apoya la cabeza en mi hombro, todavía intentando recuperar la respiración. Permanecemos así unos segundos, escuchándonos mutuamente en silencio. Y mientras acaricio lentamente su espalda, comprendo algo que nunca había entendido hasta ahora: el amor no era la parte que me daba miedo. Lo que realmente me aterraba era encontrar un lugar al que pertenecer.

Chris levanta la cabeza despacio y me mira como si estuviera intentando memorizar cada pequeño detalle de este momento. Nunca me había sentido observado de esa manera. De sus ojos destila una ternura tan profunda que consigue desarmarme por completo.

—¿En qué piensas? —pregunta Chris acariciándome la nuca.

Sonrío y bajo la mirada unos segundos antes de volver a encontrarme con sus ojos.

—En que he sido un idiota durante demasiados años.

Chris deja escapar una risa suave y niega con la cabeza.

—Sí, un poco.

La naturalidad de ese instante hace que ambos terminemos sonriendo y, por primera vez desde que todo explotó entre nosotros,

la tensión deja espacio a algo mucho tan cálido que logra que pueda respirar de verdad.

Lo beso de nuevo, despacio, saboreando cada reacción suya. Me encanta la manera en que se acerca cada vez que nuestros labios se encuentran, como si llevara demasiado tiempo necesitando exactamente esto.

Cierro los ojos un instante, vencido por la sensación de intimidad que existe entre ambos. Resulta extraño darme cuenta de que aquello que más había temido en toda mi vida termina siendo precisamente el lugar donde más seguro me siento.

—Ven conmigo —murmura Chris contra mi boca.

Lo miro en silencio y entiendo inmediatamente lo que significa esa invitación. Durante unos segundos ninguno se mueve. Ambos parecemos conscientes de que cruzar esa puerta supone dejar atrás años enteros de miedo, orgullo y distancia.

Chris es el primero en levantarse del sofá. Me tiende la mano con cierta inseguridad, como si todavía temiera que todo aquello pudiera romperse de un momento a otro. Entrelazo sus dedos con los míos sin dudar, demostrándole que puede confiar en mí.

Y mientras atravesamos juntos el pasillo del apartamento, iluminado únicamente por la luz tenue que llega desde el salón, siento que por primera vez no estoy entrando simplemente en una habitación, sino en la vida que llevaba demasiado tiempo deseando tener.

CAPÍTULO 17



CHRIS

Entramos en mi dormitorio y llevo a Ed hasta mi cama sentándolo en ella mientras yo saco preservativos y lubricante del cajón de la mesilla. No quiero que nada nos interrumpa. Hace tanto que fantaseo con que Ed esté en mi cama que ahora que ese deseo se ha hecho realidad no me lo creo.

—Pellízcame —digo en voz alta mientras me acerco a él.

Ed se ríe y me atrae hacia su cuerpo mientras atiende mi petición pellizcándome con suavidad los pezones, que se me ponen erectos al instante debajo de la camiseta. Jadeo y me imagino agarrándome al cabecero mientras él me hace suyo en todas las posturas imaginables.

—¿Quieres más? —me pregunta susurrándome al oído con la voz tan ronca que hace que mi polla se ponga tan erecta que tengo que agarrármela.

—Sí, por favor —contesto dejándome llevar por el deseo.

Él se levanta y tira del dobladillo de mi camiseta para quitármela y, a continuación, me lleva hasta el centro de la cama, donde me coloca bocarriba y comienza a besarme. Sus besos no son como los de antes. Ahora queman. Intento atrapar su lengua y durante unos

instantes me deja jugar con ella mientras me chupa los labios, encendiéndome. Dominando la situación, se apodera de mí haciéndose mi dueño por completo y me come la boca de la manera más posesiva que lo ha hecho nadie nunca. Me excito tanto con ese beso que noto cómo las gotas de precum me mojan los bóxer.

Desciende un poco y deja caer el rostro en mi cuello mientras yo suspiro deseando que me toque de todas las maneras.

—Te deseo, Ed. Te deseo más de lo que nunca he deseado a nadie.

—Cariño, quiero compensarte por todo el tiempo que te he hecho esperar —me dice poniéndose a horcajadas sobre mis muslos e inclinándose sobre mi pecho para besarme los pezones. Primero uno y luego el otro. —Eres precioso, ¿te lo han dicho alguna vez?

No puedo contestarle ni una sola palabra porque su lengua es una tortura deliciosa sobre mis pezones. Lo único que puedo hacer es gemir de forma desvergonzada como única respuesta.

Ed alza un poco la cabeza y me mira con una sonrisa lobuna que me demuestra que sabe que lo que está haciendo va a acabar por arruinar mi cordura. Unos segundos después, desliza su lengua por la suave línea de vello que desciende desde mi pecho hasta mi ombligo y, cuando llega a ese punto en el que el vello desciende hacia la ingle, comienza a tocarme por encima de los pantalones. A estas alturas estoy más caliente de lo que recuerdo haber estado en muchísimo tiempo y, al mirarme los pantalones, me doy cuenta de que un pequeño círculo de precum los ha empapado.

—Alguien está deseando que lo libere —dice Ed sobándome la polla por encima de la ropa y recreándose más de la cuenta en pasar su pulgar por la punta.

—Libérame, Ed —susurro en un gemido.

Mi súplica no tarda en ser atendida y por fin Ed me abre el cierre de los pantalones y metiendo los dedos por la cinturilla los baja junto a los bóxers y termina de desnudarme dejándome expuesto a

sus ojos. Él aún está vestido y se levanta para mirarme lanzando un gruñido de aprobación.

—Ed, quiero verte —le digo.

Sin más preámbulos se saca la camiseta dejando al descubierto el torso velludo. Mi primera intención es levantarme para acariciarlo, pero ante su mirada ardiente le sigo el juego y aguanto hasta que él se desabrocha el pantalón y se lo saca junto a la ropa interior rebelando la polla más apetecible que he visto en toda mi vida.

—¡Joder, Ed! Si llego a saber que tienes eso guardado ahí me hubiese entregado antes.

Ed se ríe mientras se me acerca despacio y se coloca sobre mí para besarme de nuevo. Esta vez no hay ropa de por medio y es una locura sentir cada porción de su cuerpo tan pegado al mío. Palpo la dureza de su pecho y abdomen y, a continuación, deslizo mi mano hacia abajo para cogerle el miembro y vuelvo a sorprenderme por su grosor. Lo palpo hasta que puedo sentir esas venas que surcan su longitud. Es enorme y arde. Después me recreo sobándole los huevos cuyo tacto suave y apretado termina por hacer que pierda la cabeza.

Ed vuelve a deslizarse hacia abajo privándome de esas sensaciones. No se apiada de mí aunque le lloriqueo al perder el agarre de su polla. Sabe muy bien lo que está haciendo y parece que su objetivo es que no olvide el día de hoy. Gimo de anticipación en cuanto noto sus labios probando mi polla y suelto un fuerte gemido en cuanto se la mete en la boca y la toma en toda su extensión. Abro los ojos y te juro que ver a Ed chupándome es lo más erótico que he visto en mi vida. Por cómo ajusta sus labios alrededor de mi miembro embadurnado por su propia saliva y su manera de gruñir a la vez que me lo chupa puedo ver que todo esto también lo está excitando. Alzo un poco la cabeza y atisbo su polla erecta y el hilo de precum en la punta me confirma su estado. Ed que se da cuenta de la lujuria que refleja mi rostro, hace que me vuelva a tumbar sobre la almohada en cuanto vuelve a metérsela en la boca. Noto el calor en mi rostro y la sensación sofocante que me

invade se multiplica en cuanto Ed se levanta de la cama y se dirige hacia la mesilla para coger el lubricante.

—No, no creas que he acabado contigo, cariño.

—Ed, te necesito —gimo más necesitado de lo que pretendo.

—Tranquilo, estoy aquí para complacerte. Te voy a dar justo lo que necesitas.

¿Qué he hecho yo en esta vida para tener tanta suerte?

Ed me abre de piernas y echa un generoso chorro de lubricante en mi entrada y en sus dedos para comenzar a prepararme. No tarda ni un segundo en meterme un dedo a la vez que continúa lamiéndome y chupando mi sexo mientras yo le tiro del pelo gimiendo.

Ahora mismo estoy en el cielo.

CAPÍTULO 18



ED

Estoy disfrutando como nunca

—No tienes ni idea de cuánto te deseo —gime Chris contorsionándose ante mis caricias.

Deslizo hacia fuera los dos dedos que ya tenía en su interior y me coloco el condón poniéndome sobre él, a la vez que frotamos nuestros cuerpos y entrelazamos los manos apretando nuestros dedos.

Muevo las caderas acomodando la polla entre sus glúteos y noto cómo él contrae los músculos cuando yo acaricio su entrada con la punta. En cuanto presiono un poco contra él, me contesta con un gemido tan intenso que me eriza el vello.

—Sí que estás disfrutando, Chris —susurro acercándome a su oído y lamiéndoselo.

Él no me responde y se pega más al cabecero, llevando las manos por debajo de las almohadas y agarrándose a ellas con fuerza, se arquea sobre mí, haciendo que con mi último envite lo penetre totalmente.

—Siempre he deseado esto contigo —afirma con una voz entrecortada por el deseo.

Oírlo me llena de una urgencia que no conocía. Con cada embestida, él se aferra más a mí e incluso levanta las piernas para que acceda a él y se la meta hasta el fondo. Esto crea una necesidad de llenarlo, que hace que entre y salga de él en cortas estocadas. Quiero durar lo máximo posible, pero la entrega tan absoluta que aprecio en Chris me desarma. Gruño y aprieto los dientes cuando me percato de que él se está tocando y su polla se mueve erecta entre nosotros.

—Tócate para mí, cariño —lo animo acelerando mis arremetidas y entrando en él con unas estocadas cada vez más largas.

Noto cómo mis huevos golpean su culo cada vez que entro en él y ambos apretamos nuestras manos y pies para hacer presión. Estoy en ese momento en el que las fuerzas están a punto de abandonarte porque el placer ocupa todo. Al ver la expresión tan arrebatadoramente sexy de Chris cuando comienza a correrse gimiendo de placer y gritando mi nombre como si no hubiera un mañana, todo el aguante que he intentado imprimir a mis movimientos se desvanece al instante.

La cordura me abandona y se la meto hasta el fondo, imprimiendo un ritmo acelerado en el que yo también comienzo a jadear y gemir, acompañándolo justo cuando suelta el último chorro de semen. Me tenso y él chilla una vez, retomando esa última ola de placer que aún le recorre el cuerpo al sentir mi polla palpitando en su interior.

Mi respiración está tan acelerada como la suya, me dejo caer a su lado estremeciéndome aún por la que sin duda ha sido la mejor corrida de mi vida. Al moverme un poco, noto que las sábanas están hechas un desastre, pero creo que a ninguno de los dos nos importa eso ahora.

Aún estoy dentro de él y parece que no desea que me mueva, porque cuando intento ir hacia el baño se queja.

—No, no te muevas. Necesito grabar este momento a fuego en mi mente. Eres el hombre más sexi del mundo cuando follas.

Suelto una carcajada al oírlo.

—Tú tampoco estás nada mal. Y tu sabor es tan dulce que no me lo esperaba, cariño.

La sonrisa que me dedica no tiene precio.

Me acerco más a él y le doy un beso suave en los labios. Entrelazando sus dedos con los míos.

—Te he deseado desde la primera vez que te vi y fui un estúpido al no darme cuenta de lo que me estaba perdiendo contigo. Lo que tú y yo tenemos no es solo sexo, Chris. Es algo muy especial que te prometo que voy a cuidar cada día.

Veo una lágrima resbalar por su mejilla y se la limpio con delicadeza.

—Perdón —dice antes de que le pregunte qué le pasa.

—Por qué me pides perdón. No tengo nada que perdonarte, Chris.

—Porque yo no quería enamorarme de ti, Ed. Pero te amo desde la primera vez que te vi y tengo que confesar que hasta recé para que fueras mío.

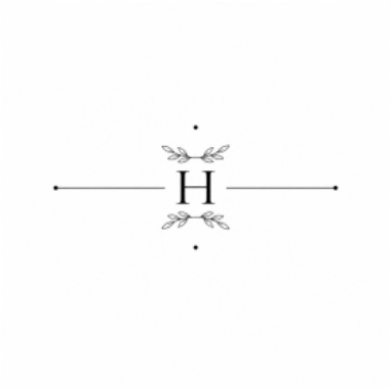
Ahora sí que me siento conmovido por este hombre que ha aguantado lo indecible hasta que sus deseos se han hecho realidad.

—No sé si seré el mejor partido, Chris, pero de lo que sí estoy seguro es de una cosa.

—¿Cuál?

—De que te amo más de lo que nunca he amado a nadie en este mundo.

EPÍLOGO



CHRIS

Un mes después

—Te estás escaqueando otra vez —le digo a Ed mientras lo observo desde el otro lado de la barra.

Él alza la vista del lavavajillas industrial que está colocando detrás de la cocina y me dedica una sonrisa, de esas que todavía consiguen desarmarme incluso después de todos estos meses viviendo juntos.

—Estoy trabajando, cariño.

—Sí, claro. Mike te ha pedido que ordenes cuatro vasos y actúas como si estuvieras levantando un edificio entero.

Darren suelta una carcajada desde una de las mesas altas del Halsted mientras da un sorbo a su cerveza.

—Déjalo, Chris. Está en esa fase de quiero impresionar a mi novio.

Ed niega con la cabeza divertido y termina acercándose hasta la barra para rodearme la cintura con un brazo. Lo hace con total naturalidad, como si llevara toda la vida haciéndolo, y, aunque parezca mentira, todavía hay momentos en los que me cuesta creer que esto sea real.

Hace unos meses cuando Ed vino para compartir piso, jamás habría imaginado que terminaría dejando aquel trabajo horrible que le consumía la vida para aceptar un puesto más tranquilo en una pequeña asesoría cerca del apartamento. Gana menos dinero, sí, pero ahora llega a casa antes que yo, cocina algunas noches y hasta protesta cuando dejo ropa sobre la silla del dormitorio.

Supongo que todo eso forma parte de amar a alguien de verdad.

—¿Sabes que algunas veces sigues mirándome raro? —murmura Ed inclinándose hacia mí.

—Es porque sigo sin acostumbrarme a que estés aquí.

Su expresión se suaviza al escucharme y me deja un beso rápido en la sien antes de apartarse justo cuando Mike aparece cargando una caja de botellas.

—Bueno, chicos, espero que disfrutéis esas vacaciones porque os las habéis ganado —dice dejando la caja sobre la barra—. Aunque sigo pensando que yo debería seguir vuestro ejemplo y cerrar unos días.

—No vas a cerrar ni aunque se incendie el edificio —comenta Darren.

Mike resopla divertido al oírlo.

—Por eso he encontrado ayuda temporal.

—¿Temporal? —pregunto frunciendo el ceño.

—Sí. Un amigo de un conocido necesita trabajo y me debe un par de favores. Llega hoy, su nombre es John.

No sé por qué, pero la forma en la que Darren levanta la cabeza al escuchar ese nombre hace que Mike y yo nos miremos por encima de la barra al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —pregunta Darren poniéndose inmediatamente a la defensiva.

—Nada —contesta Mike demasiado rápido.

Ed me aprieta suavemente la mano ocultando una sonrisa mientras alguien abre la puerta del Halsted y el aire frío de Chicago entra en el local acompañado por una voz desconocida.

—¿Este es el Halsted?

Mike sonríe de inmediato.

—Sí. Y tú debes de ser John. Entra, muchacho. Aquí siempre hay sitio para alguien más.

Al escuchar a la bienvenida de Mike, observo a Ed a mi lado, el calor del bar y las luces reflejándose en los cristales empañados y, de pronto, comprendo algo que llevo demasiado tiempo buscando sin darme cuenta.

El amor nunca se trata de encontrar a alguien perfecto, solo va de encontrar a alguien dispuesto a quedarse.

GRACIAS POR LEER ESTA NOVELA

¿Quieres volver a HALSTED?

Descarga GRATIS el relato exclusivo Refugio bajo la lluvia y recibe aviso de próximos lanzamientos del universo HALSTED. **Aquí te dejo el enlace y un QR para que elijas lo que prefieras:**

REFUGIOBAJOLA LLUVIA

Si aún quieres seguir en Halsted te dejo un fragmento del primer capítulo de **Demasiado difícil, la segunda novela del Universo Halsted.**

CAPÍTULO 1



JOHN

Acabo de entrar al Halsted después de seguir las señas que me dio mi amigo Mark y no me esperaba encontrar a tanta gente. Creía que era una entrevista informal con el dueño Mike, pero aquí hay más personas de las que imaginaba. Si lo llego a saber probablemente no hubiera traído a Aiden. Aunque tampoco es que tuviera demasiadas opciones. La señora Daisy, nuestra vecina, se ha ido unos días a visitar a su hija y no tengo con quién dejarlo.

El interior del bar está lleno de conversaciones, olor a café y madera húmeda por la lluvia. Afuera Chicago sigue gris desde hace días y quizá por eso el Halsted resulta todavía más cálido, aunque yo no consigo relajarme ni un poco desde que cruzo la puerta.

—John este es mi mejor camarero, Chris —dice Mike.

Se nota enseguida el afecto que siente por el joven moreno de barba espesa que me estrecha la mano con entusiasmo.

—Y este es Ed, su pareja.

Ed, bastante más corpulento, me saluda también, aunque de una forma mucho más reservada.

Vaya. Esto no me lo esperaba. No es que tenga nada contra la comunidad gay, simplemente no suelo moverme por estos ambientes. Antes de que pueda pensar demasiado en ello, Mike señala hacia el otro hombre que hay apoyado cerca de la barra.

Tiene más o menos mi edad, la cabeza completamente rapada y una barba cuidada que endurece todavía más unas facciones ya de por sí serias.

—Este es Darren, un amigo al que a menudo verás por aquí.

Al igual que hago con los demás, alargo la mano esperando un saludo rápido, algo automático. Sin embargo, en cuanto Darren estrecha mi mano, algo se me acelera por dentro en cuanto noto que la suya es firme y está tibia. No aprieta demasiado, pero tampoco aparta la mano enseguida. Y cuando levanto la vista y me encuentro con aquellos ojos oscuros clavados en mí, noto una sacudida absurda recorriéndome el pecho.

La cercanía me golpea de improviso.

El olor a café y lluvia que impregna el bar se mezcla con algo más cálido que parece pertenecer únicamente a él y noto un incómodo tirón en el estómago. Apenas dura un segundo, pero es suficiente para ponerme en alerta y suelto su mano antes de lo que sería educado.

—Encantado —dice Darren con una voz grave y tranquila que me irrita al instante sin saber por qué.

—Igualmente —respondo por pura cortesía.

Joder.

¿Qué demonios me pasa?

Darren no parece notar nada extraño o, al menos, no lo demuestra. Se limita a apoyar un brazo sobre la barra con una naturalidad irritante, como si perteneciera al lugar igual que las luces cálidas o el murmullo constante de conversaciones.

Mike continúa hablando sobre horarios y turnos, pero apenas logro seguir la conversación. Tengo la cabeza en los miles de frentes ahora mismo: en las facturas acumulándose sobre la encimera de mi apartamento. En las interminables horas de mi antiguo empleo. En las llamadas cada vez más espaciadas de Melissa desde Omaha y en la manera en que Aiden finge que nada de eso le afecta.

Entonces me doy cuenta de algo. Con tantas presentaciones me he olvidado de Aiden.

Giro la cabeza tan rápido que el corazón me da un vuelco al no verlo junto a la puerta. Durante un instante el pánico me cierra la garganta. Mike debe notarlo enseguida porque levanta una mano intentando tranquilizarme.

—Tranquilo, John. Tu hijo está justo detrás de ti dibujando con Darren.

Me vuelvo todavía tenso, esperando encontrarlo escondido bajo alguna mesa o tocando algo que no debería. Sin embargo, la escena que aparece delante de mí consigue detenerme en seco.

Aiden está sentado junto a Darren en una de las mesas laterales con el cuaderno abierto entre ambos. Mi hijo habla sin parar mientras mueve el lápiz sobre el papel y Darren lo escucha con una paciencia que me desconcierta más de lo que debería.

De ninguna manera parece incómodo, ni forzado.

De hecho, tiene el cuerpo ligeramente inclinado hacia él como si estuviera acostumbrado a prestar atención a los niños cuando hablan. Hasta me parece que de verdad le interesara lo que Aiden le está contando sobre dientes, garras y no sé qué dinosaurio de turno.

No sé si alarmarme, porque esto no tiene ningún sentido.

Aiden nunca se abre tan rápido con la gente. Ni siquiera con algunos vecinos del edificio. Desde que Melissa se marchó se volvió mucho más reservado, más callado con los desconocidos. Como si hubiera aprendido demasiado pronto que las personas terminan desapareciendo. A pesar de ello, lo que más me asombra es que está tranquilo.

Darren levanta la vista un momento y nuestras miradas se cruzan apenas un segundo antes de que él vuelva a señalar algo en el

dibujo de Aiden. No sé por qué ese gesto tan simple consigue ponerme más nervioso que antes.